

6

*Miscelanea
n.º 194*

BIOGRAFIA

DEL

PRO CER AMERICANO

cop. 1.

José María Córdoba

ARREGLADA

DE ORDEN DE LA MUNICIPALIDAD DE CONCEPCION

POR

JUAN C. LLANO.

1876

MEDELLIN.—IMPRESA DEL ESTADO.

ACUERDO XVII DE 1875.

HONORES A LA MEMORIA DEL GENERAL CORDOBA.

LA MUNICIPALIDAD DE CONCEPCION,

CONSIDERANDO:

1.º Que la memoria del ilustre General JOSÉ MARÍA CÓRDOBA, uno de los más bizarros y esforzados adalides de la época de la emancipación política de la América española, no ha sido dignamente honrada hasta la fecha por el pueblo mismo de su nacimiento, por falta de recursos para consagrarle un monumento á la altura de sus claros hechos;

2.º Que en la convicción de que á Colombia ó Antioquia en su defecto, era á quienes incumbía honrar directamente la memoria del héroe de Ayacucho; y de que al hacerlo, designarían naturalmente la capital de la Unión ó la del Estado, ó siquiera el pueblo de su nacimiento, para la erección del monumento conmemorativo del héroe, lo cual no se ha verificado; pues si bien es cierto que la primera, aunque tarde, resolvió al fin votar una pequeña suma para la construcción de una columna, con el objeto indicado, se ha designado para ello un punto como la ciudad de Rionegro, partiendo de la errada convicción de que su suelo le había servido de cuna al General Córdoba;

3.º Que la única Biografía que hasta la fecha ha visto la luz pública, respecto del General Córdoba, no sólo es muy deficiente en los hechos que connota, sino que, aún desconoce el pueblo de su nacimiento;

4.º Que los conterráneos más inmediatos de la víctima generosa del Santuario, son los llamados directamente á rectificar ciertos hechos que no carecen de importancia en una Biografía que les concierne tan directamente, sobre todo en lo que trata del nacimiento y de la infancia del General;

DECRETA:

Art. 1.º Invítase á los vecinos del distrito para que contribuyan espontáneamente con la suma que á bien tengan, con el objeto de coleccionar los fondos suficientes para los siguientes gastos:

1.º Para levantar una columna conmemorativa del héroe de Pichincha y Ayacucho en el centro de la plaza de la cabecera del distrito;

2.º Para costear un retrato suyo, que se colocará en la sala principal de la Casa municipal; y

3.º Para redactar una Biografía del General, tan completa como sea posible, que se publicará en alguno de los periódicos de más crédito de Nueva York y Bogotá, y que, en seguida, se recogerá en un folleto.

Art. 2.º Se comisiona al señor Doctor Juan C. Llano para la redac-

ción de la Biografía, y, con tal fin se le suministrarán los datos y documentos que posea la Municipalidad, y los más que pueda conseguir.

Art. 3.º El Jefe municipal queda encargado de la ejecución del presente Acuerdo.

Dado en Concepcion, à 12 de noviembre de 1875.

El Jefe municipal y Presidente de la Corporacion, EUSTAQUIO TEJADA.

El Secretario municipal, *Manuel A. Naranjo*.

Señor Presidente de la Municipalidad de Concepcion.

Terminada ya la Biografía del prócer americano, JOSÉ MARÍA CÓRDOBA, que he preparado en cumplimiento de lo dispuesto en el artículo 2.º del Acuerdo de 12 de noviembre último, que honra la memoria de aquel héroe; por conducto de usted tengo el honor de ponerla à disposición de la respetable Municipalidad que usted dignamente preside.

La Biografía que he orillado en el poco tiempo que he podido sustraer à mis diarias ocupaciones, dista mucho de ser una obra acabada en toda la extension de la palabra, entre otras razones, por dos esencialmente abrumadoras, à saber:

1.ª Por la insuficiencia de mis fuerzas para sustentar una carga semejante; pues si bien es cierto que una Biografía como la del General CÓRDOBA, cuyos rasgos principales constan ya en publicaciones fehacientes, podria considerarse como un trabajo secundario, de mera compilacion, la obra de lima, si se me permite la expresion, ó valiéndome de otra igualmente artística, el colorido de un cuadro de mediana importancia, si se quiere que pueda comportar las miradas de los inteligentes en la materia, no se puede demandar de un pintor de brocha gorda, sin exponer lastimosamente su parte más esencial; y

2.ª Porque habiendo convertido la tradicion al General CÓRDOBA en una especie de mito à Caballero de la Tabla Redonda, à quien se han atribuido hechos poco ménos inverosímiles que los de los Doce Pares de Francia, se necesitaria un ojo de lince para rastrear la verdad en medio de ese laberinto inextricable de anécdotas fantásticas ó adulteradas, por lo ménos, que el vulgo atribuye al ilustre vencedor en Ayacucho; motivo por el cual, con excepcion de una que otra, que he encontrado plenamente justificadas, he tenido que concretarme à compendiar los principales sucesos bien acreditados, del protagonista de la Biografía, cuya redaccion se me encargó, y que andan por ahí diseminados indistintamente en obras de la reconocida importancia y justa celebridad de la Historia de Colombia por Restrepo, la eclesiástica y civil de la Nueva Granada, por Groot, la de Venezuela, por Baralt y Diaz, la vida de Bolívar, de Larrazábal; y en algunas otras de ménos nombradía, como la Autobiografía del General Páez, las Memorias de los Generales. Obando, Mosquera, López y Posada, especialmente las de los dos últimos, las Biografías militares de Baraya, la idem de Sucre, por Ancizar, los partes detallados de las principales batallas de la Independencia, del Coronel Manuel A. López, y, muy directamente,

unos pocos apuntamientos inéditos sobre el mismo asunto, del ilustrado señor Manuel A. Jaramillo, hermano político del General CÓRDOBA, que se me franquearon por esa honorable Corporacion. Y, finalmente, para depurar la verdad, haciéndola pasar por el tamiz de la más rigurosa crítica, tambien he tenido á la vista las narraciones de los historiadores españoles Díaz y Torrente, referentes á los mismos sucesos que describen los primeros, para saber á qué atenerme en esta especie de debate á juicio contradictorio, entre escritores de tan opuestas parcialidades.

Pero, repito, que habiéndome visto compelido á descartar toda esa multitud de anécdotas que la tradicion oral ha atribuido al General CÓRDOBA, muchas de ellas referidas aun por testigos presenciales, obstáculos con que tendrá que tropezar todo el que pretenda escribir la verdad, y, solamente *la verdad*, acerca de aquel ilustre americano, en una relacion un tanto detallada, se habrá de concordar conmigo en la necesidad de descabalar un trabajo de esta naturaleza, antes que lastimar en lo minimo su más precioso elemento.

Para obviar tal inconveniente hasta donde fuere posible, seria oportuno que esa honorable Corporacion se dignara disponer que, antes de dar á la estampa este trabajo en la capital de la Union ó en alguna prensa extranjera, como lo tiene resuelto en el Acuerdo que dejo mencionado, se publicara previamente en uno de los periódicos más notables de la capital del Estado, con alguna excitacion á los conterráneos del ilustre antioqueño, para que se sirvan hacer, sobre los hechos connotados en dicho trabajo, las observaciones que estimen conducentes á su más perfecto esclarecimiento; pues como juzgo que no es un panegirico lo que esa Corporacion desea publicar á todo trance, acerca de aquel prócer, sino una relacion completamente imparcial de todas las circunstancias notables de su vida, tanto de aquellas que la enaltezcan como de los que la empañen ó deslustren; seria conveniente, repito, un llamamiento con el objeto indicado, á todos los hombres competentes en la materia.

Aqui existen todavia algunos de los conmlitones del General CÓRDOBA, tales como el señor General Braulio Henao, los Coroneles José M.^a Botero, Francisco Giraldo, y unos pocos más, preciosas y venerables reliquias de la homérica contienda de nuestra gloriosa emancipacion, que habiendo tenido ocasion de tratarle personalmente muy de cerca, en las varias campañas que hicieron á sus órdenes, se encuentran, por lo mismo, en mejor actitud que cualesquiera otros, para decidir acerca de la exactitud ó inexactitud de los hechos narrados, y llenar los vacíos notables que se adviertan en el curso de la Biografia de que vengo hablando.

El eminente escritor, señor Doctor Mariano Ospina, contemporáneo y amigo del General CÓRDOBA, y, finalmente, anticuarios y bibliógrafos distinguidos, como los señores Antonio Mendoza, Manuel Uribe A., José María Martínez P., Pedro D. Estrada y Juan José Molina, podrian tambien suministrar nuevos datos y agregar importantes apreciaciones, que se tendrian presentes para atildar y castigar el boceto que tengo la honra de ofrecer á esa respetable Corporacion, para que ella á su vez pueda presentarlo á los lectores de fuera del Estado, con

una nueva garantía, depurado, como habrá de quedar, en el crisol de la crítica contemporánea.

Algunas veces, en medio de la exacerbacion de nuestras frecuentes y degradadas controversias de política interior, hemos oído hacer á Antioquia el cargo de egoísmo, ó si se quiere, de carencia de espíritu patriótico, aún aludiendo á la lucha memorable de nuestra emancipación, la única santa y verdaderamente grande de todas nuestras guerras, y no sabemos si por incuria, ó acaso por inadvertencia de los hombres que han estado al frente de sus destinos, que era á quienes incumbía más directamente su confutacion, no lo han hecho, á pesar de su indisputable facilidad. Y aunque alguno imaginare que no nos corresponde espigar en mies ajena, como al fin y al cabo tambien somos antioqueños, queremos aprovechar la ocasion de descartar ese cargo en la parte que como á tales nos corresponde.

El contingente de Antioquia durante la larga lucha de la Independencia nacional, si se atiende solamente á la cuantía ó al número de los recursos que suministró, es probable que haya sido inferior al de algunas otras secciones de la actual República de Colombia; y eso, debido mas bien á su gran distancia de los centros principales de la lucha, que á cualquiera otra consideracion; pero si se trata de fijar el valor intrínseco de esos recursos, sin atencion á su cuantía, Antioquia no se inclinará en presencia de ninguna de ellas. En efecto, ¿qué otro Estado puede fantasear con tanto derecho, de haberle dado á la gran Colombia, durante la época tormentosa de su emancipación, una espada de mejor temple que la del héroe de Ayacucho; una voz de tan poderosa resonancia como la de Francisco A. Cea, un magistrado de las eminentes dotes de Félix de Restrepo; y un historiador de la talla de José Manuel Restrepo, ó en otros términos, el Aquiles, el Mirabeau, el L' Hôpital y el Tacito americanos, de la milicia, de la tribuna, de la magistratura y de la historia, á un mismo tiempo? Y si á éstos se agregan otros nombres, á la altura de los de Atanasio Girardot, Liborio Mejía, Salvador Córdoba, José M. Gutiérrez, Benedicto González, José Manuel Montoya, José M.^a Bótero, Francisco Giraldo, Alejandro Vélez, Miguel Uribe R. y Juan de D. de Aranzazu, ¿cuál será el Estado que pretenda haberle dado á la Patria y á la causa de la emancipacion americana, servidores de mejor quilate, en todo sentido? Ya queríamos ver la contestacion á esta pregunta.

Y, á propósito de esta ligera digresion, nosotros nos daríamos por suficientemente recompensados de nuestra tarea, si ella sirviera de estímulo siquiera, á otras plumas más competentes que la nuestra para continuar la "Galería de americanos ilustres", oriundos de este Estado; monumento que tendríamos la honra de haber inaugurado con la Biografía del más preclaro de sus hijos.

Dígnese usted presentar á la honorable Corporación municipal el homenaje de mi más respetuosa consideracion, y aceptar personalmente la expresion de deferencia y simpatía con que tengo el honor de suscribirme de usted

Muy atento estimador y compatriota,

Santo Domingo, diciembre de 1875.

JUAN C. LLANO.

BIOGRAFIA

DEL PROCER AMERICANO

JOSE MARIA CORDOBA

ARREGLADA

DE ORDEN DE LA MUNICIPALIDAD DE CONCEPCION,

POR

JUAN C. LLANO.

I-

(*) El 8 de Setiembre del año de 1799, en la pequeña y graciosa aldea de Concepcion, sita en este Estado, uno de los nueve que constituyen la moderna República de Colombia, nacia un niño, cuyo nombre al par que honra y gala de su patria un dia, debia en breve dilatar la fama de sus clarísimas hazañas, por los más anchos y espaciosos horizontes. Ya se habrá comprendido que hablamos de JOSÉ MARÍA CORDOBA, del apuesto y denodado lidiador que en Ayacucho, en esa jornada de eterna remembranza, le dió la última mano á ese drama sangriento y resonante, que la Historia ha consagrado ya con el nombre de emancipacion de la América española.

Sobre la cima de un risueño otero, encerrado dentro de los linderos de una pequeña heredad, que demora unos doscientos metros de la plaza de Concepcion, su actual propietario, el bondadoso anciano, señor José Miguel Arismendi, contemporáneo del General CORDOBA, con los ojos humedecidos, delinea imaginariamente ante

(*) En la iglesia de Nuestra Señora de la Concepcion, en 13 de Septiembre de 1799, yo, don Francisco Jph Gonzalez, Cura Parrocho de este sitio, bapticé solemnemente, segun dispone nuestra santa Madre la Iglesia, á un niño que nació el dia 8 de Septiembre, hijo lexmo y de lexmo matrimonio, de don Chrisanto Córdoba y doña Pascuala Muñoz, *vecinos de esta parroquia*; y á dicho niño le fué puesto el nombre de Jph M.^a, siendo padrino el presbítero don Jph Cosme Echeverri; y para que conste lo firmo

Francisco Jph Gonzalez.

las ávidas miradas del curioso viajero, el recinto que ocupaba la casa cuyas paredes oyeron los primeros vagidos del niño predestinado, á quien la fama reservaba alto renombre.

No sin intencion hemos querido consignar de una manera incontrovertible, el lugar del nacimiento del General CÓRDOBA; ora porque esta circunstancia importante en la Biografía de un hombre de su alta talla moral, no ha sido aclarada hasta la fecha, ó, mejor dicho, porque se ha ignorado en grado tal, que nuestro único historiador patrio, el señor Restrepo; el biógrafo de nuestros principales próceres, señor Baraya; y, lo que es más extraño todavía, hasta el primer Cuerpo legislativo nacional que, aunque tarde, ha acordado la ereccion de un monumento en honor del Cid americano; todos de consuno han equivocado lastimosamente tal lugar; ora porque, sin fundamentos de ninguna clase, algunos otros lugares han pretendido usurparle á Concepcion una gloria semejante.

Allá en los tiempos antiguos, siete pueblos de la Magna Grecia, se disputaron á porfia el honor de haberle servido de cuna al primero y más grande de los poetas, al divino Homero; en los tiempos modernos hemos visto agitarse en España una contienda semejante, entre otros tantos pueblos que pretendian la gloria de haber visto nacer en su seno al príncipe de los ingenios, al inmortal Cervántes; ¿qué mucho que un pequeño pueblo como Concepcion, intente reivindicar el único título de consideracion de que puede blasonar legítimamente hasta la fecha, y de que se le ha querido despojar sin la más vaga sombra de derecho?

Y no se alegue que el nacimiento del General CÓRDOBA pudo haber ocurrido incidentalmente en Concepcion, por una simple y transitoria residencia de sus padres en aquel pueblo: tenemos á la vista la última acta de Visita practicada en él por el Ilustrísimo señor Doctor José Joaquin Isaza, Obispo de Medellín, á fines del año de 1874, documento que justifica plenamente que, cuando Concepcion fué erigida en parroquia, el 6 de noviembre de 1770, ya residian allí Don Diego y Don Crisanto Córdoba, abuelo el primero y padre el segundo de nuestro héroe, como tambien su madre, la señora doña Pascuala Muñoz, todos de antigua y distinguida prosapia. (*Repertorio Eclesiástico* de la Diócesis de Medellín, número 63).

En Concepcion permaneció el niño José María hasta la edad de nueve años, en que, encontrándose ya en actitud de aprender los primeros rudimentos del saber, y no existiendo en dicho pueblo una escuela medianamente organizada, por la estrechez del régimen colonial, en materia de instruccion especialmente, resolvieron sus padres trasladarse con él á la ciudad de Rio Negro, en donde recibió el bautismo de la ciencia, bajo la direccion de don Manuel Bravo.

En 1812, con ocasion de un viaje que hizo á los pueblos de

nuestra Costa del Atlántico, en compañía de su respetable padre, que iba por asuntos de comercio, tuvo oportunidad de ver más de cerca los primeros chispazos de ese vasto incendio en que empezaba á arder de uno á otro extremo, todo el territorio de la América española; incendio en que estaba destinado á campear en primera línea dentro de poco tiempo, eclipsando á la mayor parte de los hombres ilustres que se ocupaban á la sazón en allegar combustibles en torno de esa gran pira en que iban á derretirse en breve las cadenas que oprimían el hermoso mundo de Colon. En el tránsito, habiendo sido aprehendido, en unión de su anciano padre, por alguna partida realista de las muchas que cruzaban el Magdalena en aquella primera época de la guerra, desplegó tan imperturbable serenidad, en medio del inminente peligro que corrieron de perder la vida, que ya desde entónces pudo presentirse que el miedo no habia entrado para nada en la privilegiada constitucion de aquel adolescente, vaciada en la misma turquesa de donde salieron esos tipos maravillosos que la Historia conoce con los nombres de Nelson, de Bayardo y Carlos XII.

Poco tiempo despues de su regreso de aquel viaje, el jóven CórdoBA se matriculó en la Escuela de Ingenieria que acababa de fundar el sabio Cáldas, el Humboldt americano. Desgraciadamente para la ciencia, pero por fortuna para la gran causa de la emancipacion de las Colonias españolas, seducido por las primeras insinuaciones del Coronel Manuel Serviez, distinguido oficial extranjero, que habia puesto su espada al servicio de aquella causa, CórdoBA de pronto, sintiéndose inspirado, abandonó una carrera en la que en muy pocos dias pudo dar muestras nada equívocas de sus brillantes disposiciones, especialmente para la ciencia de la Matemática.

II.

Llegamos al año de 1815. La América española, desde el rio Colorado hasta el estrecho de Magallanes, ofrecia el imponente espectáculo de un gran campo de batalla, en que Hidalgo y Morélos, Bolívar y Páez, Santander y Nariño, San Martin y O' Higgins, hacian esfuerzos inauditos para sustraer del yugo insoportable de la gastada España, la más bella porcion de nuestro planeta. Todos los pueblos de las colonias oprimidas rivalizaban á porfia, sin omitir sacrificios de ningun género, en ofrendar toda clase de recursos, inclusive la sangre de sus mas ilustres hijos, en favor de la causa santa de la Libertad y del Derecho. Y ya Antioquia, que acababa de perder en el Bárbula al invicto Atanasio Girardot, que á los veintiun años no más, habia eclipsado á todos los tenientes de Bolívar; que estaba próxima á perder tambien al glorioso vencido en la Cuchilla del Tambo, Liborio Mejía; que habia desencadenado el

torbellino de la revolucion, sin riesgo de apagarse ya, porque soplabla sobre ella el poderoso pulmon del Mirabeau americano, el elocuente Cea; iba á lanzar en el comedio de la sangrienta liza, la formidable espada, destinada á cambiar la faz de los acontecimientos, y á arrancar de raíz la más preciada joya de la diadema castellana: al fin el Aquiles de la moderna epopeya habia sido encontrado por Serviez en medio de los riscos de la Suiza americana.

Y, así como la yesca cuando está bien preparada, se enciende á la primera chispa del pedernal, bastó una ligera insinuacion del Coronel Serviez para inflamar el corazon del jóven CÓRDOBA, quien saltando por encima de las súplicas y de las lágrimas de sus virtuosos padres, se enroló espontáneamente como simple Cadete, en el batallon de conscriptos que el gran patricio Juan del Corral, Presidente de la nueva República de Antioquia, mandó al Valle del Cauca, en auxilio de los independientes, á principios de aquel año. Nombrado ayudante del Coronel Serviez, el 5 de Julio de aquel mismo año, fué á recibir su bautismo de sangre en la memorable batalla del Palo, en que los patriotas, capitaneados por el ilustre General Cabal y por el mismo Serviez, destrozaron completamente la fuerza realista que dirigia Vidaurrázaga. En aquella célebre jornada, el flamante batallon "Antioquia" se cubrió de gloria, hasta el punto de alcanzarle á merecer su comportamiento una honrosa mencion á nuestro juicioso historiador, el señor Restrepo, tan parco en materia de encomios ó alabanzas. No podia ser de otra manera: los solos nombres de CÓRDOBA y Mejía habian bastado á inmortalizarle.

Pacificado el Cauca por lo pronto con la victoria obtenida por los independientes en el Palo, Serviez se dirigió para Bogotá, al comenzar el año de 1816, con parte de su division, llevando consigo al jóven Subteniente CÓRDOBA. Poco despues de su llegada, fué Serviez ascendido á General de brigada, y nombrado ademas Comandante general de las fuerzas de la Union, por el señor Madrid, Presidente de las Provincias Unidas, para hacer frente á los realistas. Pero ya no era tiempo: la siniestra nube que circundaba y entenebrecia todo el horizonte de la Nueva Granada, habia empezado á descargar simultáneamente en grueso é irresistible chaparron. El feroz Calzada, vencedor en Cachirí del ejército independiente capitaneado por el virtuoso García Rovira, apretaba por el Norte; el implacable Sámano, vencedor en el Tambo y en la Plata del héroe Mejía, empujaba por el Sur á marchas redobladas, relamiéndose los labios de antemano, como la hambrienta hiena al comprender intuitivamente la proximidad de un succulento y fúnebre banquete; por el bajo Magdalena, reducida ya á escombros la generosa Cartagena, la Numancia de estos tiempos, se aproximaba el sanguinario Morillo al frente de una horda de caníbales, hacia la

capital de la Union, donde sus sencillos é inexpertos moradores oian con vago terror é indefinible sobresalto, el ronco y redoblado rebramar de aquella trompa asoladora, á cuya primera oleada debian desaparecer en breve Córdas, Tórres, Villavicencio, Torices y otros mil nombres ilustres!

Descorazonados y sobrecogidos los patriotas á la vista de semejante cúmulo de contratiempos; desapercibido y debilitado el Gobierno de la Union, que habia malgastado lastimosamente un tiempo precioso en ridículas y pueriles cuestiones de organizacion; relajada la disciplina, introducida la discordia, enervado el valor y divididos los ánimos, habríase necesitado de un genio providencial para hacer frente á una situacion tan desesperada, y desgraciadamente ese genio, aunque ya se habia presentado, no habia sido comprendido aún. El General Serviez, soldado activo, enérgico y valiente, pero desmañado, vengativo y sin ninguna de las dotes que constituyen un verdadero hombre de Estado, no era el adecuado para hacer surgir la luz de semejante caos, y así es que todo lo más que pudo hacer en medio de aquel nuevo campo de Agramante, en que todos porfiaban por mandar, y ninguno queria obedecer, fué salvar los restos del ejército independiente, trasladándole á Casanare, donde, por lo ménos, quedaba á cubierto de cualquiera sorpresa, teniendo á sus espaldas la rama oriental de la elevada cordillera de los Andes.

Aumentada la columna de Serviez con la pequeña fuerza que á la sazón organizaba el Coronel Santander, que tan alta nombradía debia de alcanzar dentro de poco, resolvieron ambos Jefes internarse en Venezuela, y seguir guerreando allí contra la España, bajo las órdenes del león de los Llanos, del formidable Páez, que habia ganado ya fama imperecedera con una serie de hazañas tan portentosas, que eclipsan los prodigios que nos cuentan de los héroes de la fábula.

♦ CÓRDOBA, que habia resistido una vez más á las lágrimas de su anciano padre que pudo conseguirle una licencia indefinida del Gobierno de la Union, para arrancarle á los peligros de la guerra, se despidió de él en Tunja, y siguió con su antiguo Jefe, el General Serviez, hasta quedar tambien incorporado en el ejército de Páez. Bajo las órdenes de este caudillo militó desde fines del año de 1816 hasta terminar el de 1817; y, cosa extraordinaria! ese adolescente imberbe de 17 años, no sólo pudo alternar desde los primeros dias, con esos lanceros indomables, que hacia seis años que venian infundiendo el espanto y el terror entre las huestes españolas, sino que en las sangrientas jornadas de Arichuna, Achaguas y Hato del Yagual, aparte de las diarias escaramuzas de aquella campaña sin rival, pudo despertar la admiracion de esos centauros que la Historia nos ha hecho conocer con los nombres de Aramendi, Carva-

jal, Rondon y Camejo (a) el Negro Primero; y arrancarle al mismo Páez, en su Autobiografía, una honorífica mencion.

Sin embargo, CÓRDOBA no estaba satisfecho: acostumbrado á la observancia de la más severa disciplina introducida por Serviez desde su ingreso en las filas de los independientes, con todo el rigor de la moderna táctica europea, no podia habituarse á hacer parte de un ejército que, si bien es cierto en materia de heroismo no conoció superior en aquella contienda memorable, no puede decirse otro tanto en lo que concierne al orden, á la moralidad y á la instruccion elemental en el arte de la guerra. Páez mismo, con todo el respeto que imponian su hercúlea pujanza y su ardimiento, no logró nunca sujetar por completo la indómita y bravía naturaleza de los temibles hijos de los Llanos. CÓRDOBA acaso hubiera tolerado sus actos de insubordinacion y sus frecuentes depredaciones; pero un hecho ocurrido á mediados de 1818, vino á poner el sello al proyecto que maduraba en su mente hacia algun tiempo, de separarse de aquel ejército, para pasarse á servir á las órdenes inmediatas del General Bolivar, y fué el asesinato perpetrado en la persona de su antiguo Jefe, el General Serviez, y de algunos distinguidos granadinos, que tuvo lugar en aquella época, y que, con razon ó sin ella, se atribuyó entónces á soldados de aquel ejército, y por motivos que la gratitud nos impone el deber de pasar por alto.

CÓRDOBA al saber semejante atentado, y al ver que nada se hacia para castigarle, pidió su licencia al General en Jefe para ir á servir en el ejército de Guayana, y como le hubiese sido negada sin razon satisfactoria, se ausentó una noche con ánimo de llevar á cabo su propósito por encima de cualesquiera inconvenientes. Capturado por una partida exploradora, fué condenado á muerte como desertor, por un Consejo de Guerra improvisado *ad-hoc*; pena que le fué remitida por el General Páez, por la solícita y eficaz mediacion del Gobernador de Casanare, del señor Trinidad Travieso y del célebre Negro Primero, admiradores del valor y de la audacia del simpático jóven desertor. Sin embargo, la perspectiva de una muerte infalible al reincidir en la misma falta, no le contuvo, y en primera oportunidad volvió á fugar, tomando mayores precauciones, y de ahí á poco apareció incorporado en el ejército del Libertador, quien le recibió con muestras de la mayor cordialidad.

Bajo sus órdenes inmediatas hizo la recia y desgraciada campaña de 1818 y principios de 1819, durante la cual asistió á los tremendos y mortíferos combates de la Puerta, Calabozo, Ortiz, el Sombrero y Rincon de los Toros; su bizarro y sobresaliente comportamiento en todos ellos, le alcanzó sucesivamente las charretas de Capitan y Sargento mayor del ejército independiente.

Desde las rotas desastrosas sufridas por los independientes en

Aragua y en Urica, que cerraron el año fatal de 1814, hasta mediados de 1819, hubo para Bolívar una serie no interrumpida de funestos acontecimientos, capaces de dar al traste con la más firme resolución. Pero aquel hombre tenía un temperamento excepcional, con un conjunto de dotes tales, que una sola habria bastado para levantarle al nivel de las más altas figuras de la Historia: campeaba entre todas ellas el temple de ese gran corazón, forjado en el molde especial que reserva la Providencia para ciertos seres privilegiados, destinados al cumplimiento de una misión extraordinaria. Ello, es un hecho plenamente justificado, que cinco años de casi no interrumpidas derrotas; de decepciones de sus más fieles amigos; de deslealtades de sus más mimados tenientes; de insubordinaciones á cada paso, acompañadas de desacatos, y aún de ultrajes á su misma persona, lejos de abatirle ó de hacerle ciar una sola línea en su propósito, aquel ánimo impertérrito parecia retemplarse y adquirir nuevos quilates, al pasar por el crisol de la adversidad y del infortunio.

Desde los últimos meses del año de 1818, hasta finalizar la primera mitad del de 1819, Bolívar no volvió á librar una sola batalla campal á los realistas; porque parece que una triste y prolongada experiencia habia acabado por imprimir en su espíritu la inapeable convicción de que la infantería republicana, compuesta en su generalidad de gente bisoña, é inexperta, por consiguiente, en el manejo de las armas y en el arte de las evoluciones, no podia luchar con ventaja con la traída de la Península últimamente por Morillo, amaestrada en veinte años de continuo guerrear con los mejores ejércitos europeos; y esa convicción torturaba aquel ánimo inquebrantable, obligándole á apelar á todos los recursos de su rica y fecunda imaginación, en busca de un expediente á propósito para orillar una situación tan erizada de peligros.

A principios de Agosto de 1818, Bolívar que aún no se habia restablecido de los grandes desastres sufridos en la Puerta y en el Rincon de los Toros, supo á un tiempo mismo, la pérdida de la Provincia de Cumaná, las derrotas de los patriotas en Cumanacoa y Puerto de la Madera; y lo que le fué más doloroso todavía, el desconocimiento de su autoridad, y la proclamación del General Páez por el ejército de Apure, como Director Supremo de la Guerra. Semejante cúmulo de infaustos acontecimientos ocasionó tal desaliento en el ánimo de los patriotas más entusiastas, que la confianza desapareció casi del todo en presencia de una crisis que se veía venir con indecible espanto. Pero nó, todo no estaba perdido, supuesto que allí estaba Bolívar todavía; el genio predestinado y misterioso, de quien Morillo mismo, su más encarnizado enemigo, llegó á decir en cierta ocasión: "Bolívar triunfante, sigue un itinerario conocido: perdidoso, no es posible acertar por dónde caerá,

más que nunca, *activo y formidable*." Y Morillo tenía razón de sobra para decirlo!

Pues bien: cuando todo presagiaba un inminente y desastroso desenlace, el Coronel Santander, recién llegado de Casanare, se avista con el Libertador en el Orinoco, y le informa, entre otras cosas, que en aquella provincia había dejado una fuerza regularmente disciplinada, de cerca de 1,000 hombres; y que el Virey Sámano dominaba el centro de la Nueva Granada con un ejército de 3,000 realistas, á lo sumo, desmoralizado por la inactividad y por la tolerancia, y enervado por las delicias de esa Capua granadina que llamaban entonces Santafé. Al terminar su relacion el Coronel Santander, Bolívar, que ha comprendido al vuelo la posibilidad de destruir aquel ejército, y de hacerse á un centro tan considerable de recursos como el que brindaba un territorio tan extenso, tan rico y tan poblado como aquel, se incorpora de repente, y dominado por el fuego de la inspiracion que acababa de cruzar su mente, dicta sin vacilacion su célebre Manifiesto del 15 de Agosto de aquel mismo año, que concluye con estas solemnes y proféticas palabras: "Granadinos: el sol no completará el curso de su actual período, sin ver en todo vuestro territorio altares levantados á la Libertad."

Y aquel vaticinio no fué un vano arranque de lirismo: el 7 de Agosto de 1819, Bolívar, despues de una rápida campaña de tres meses, que por el heroismo de las dificultades superadas, deja atras el renombrado paso de los Alpes, verificado dos veces, con un intervalo de veinte siglos por dos de los más grandes Capitanes de la Historia, Aníbal y Napoleon; aquella magnífica inspiracion, que tuvo por inmediato resultado la gloriosa jornada de Boyacá, aurora de la emancipacion del Nuevo Mundo, se cumplió literalmente.

En los memorables combates de Paya, Gámeza, Pantano de Vargas y Corrales de Bonza, precursores de aquella gran jornada, CÓRDOBA, que hizo toda la campaña, como Jefe ya de un batallon, en materia de inteligencia, de valor y de ardimiento, no tuvo superior; pero en Boyacá, particularmente, lucieron en tan alto grado todas sus prendas militares, que sobre el mismo campo de batalla fué ascendido á Teniente Coronel efectivo. Mas no fué esto solamente; Bolívar, que con ese ojo profético, que caracteriza con frecuencia las operaciones del genio, presentia ya en aquel jóven al hombre de Pichincha y Ayacucho, le comisionó para venir á rescatar la Provincia de su nacimiento; y con el empleo de Jefe de operaciones sobre Antioquia, le delegó, sin excepcion, las omnímodas facultades de que estaba investido. Y aún no había cumplido veinte años! Y, cosa rara! aquel dictadorcillo sin bozo, no sólo no acodilló con el peso de semejante carga, sino que superó la prevision del Libertador!

III.

El Comandante CÓRDOBA se puso en marcha inmediatamente con una columna de 100 hombres, reducida en el tránsito por las deserciones, á ménos de la mitad, para venir á someter esta Provincia, que contaba á la sazón con una respetable guarnicion, á órdenes del Gobernador español, Don Carlos Tolrá. Afortunadamente el terror pánico que se apoderó de los realistas al saber el resultado de la batalla de Boyacá, fué tal, que á pesar del considerable número de recursos de que disponían todavía para defenderla con buen éxito, toda idea de resistencia desapareció por lo pronto, y puede juzgarse del grado de su desaliento por el solo hecho de haber salido CÓRDOBA en su persecucion con un oficial y tres soldados únicamente, con los que logró tomarles algunos prisioneros y no pocos elementos de guerra; hecho en que no se sabe qué admirar más, si el terror de los realistas, ó el atrevimiento de aquel Jefe.

A principios de 1820, CÓRDOBA, que se ocupaba á la sazón en organizar convenientemente la Provincia de su mandó, coadyuvado en su patriótica labor por el distinguido repúblico, señor doctor José Manuel Restrepo, que habia sido nombrado Gobernador civil de la misma seccion, tuvo que interrumpir impensadamente sus tareas para volar á repeler al Coronel Warleta, que con una columna de cerca de 400 veteranos del regimiento de Leon, habia subido por el Cauca y penetrado hasta Yarumal, donde esperaba los auxilios que le habian ofrecido los que simpatizaban en esta Provincia con el Gobierno de la España. Afortunadamente CÓRDOBA, obrando con su actividad acostumbrada, no dejó tomar incremento á esta invasion; porque improvisando en ménos de quince días una fuerza de poco más de 400 reclutas, le sale al encuentro, y en un violento choque de poco más de una hora, logra desbaratar y desorganizar la columna realista, cuyos restos se embarcan de nuevo precipitadamente en el Cauca, y toman la rota del Atlántico, por la vía de Zaragoza. El combate de que hablamos tuvo lugar en el paraje de Chorros Blancos, el 12 de Febrero del mismo año. El historiador nacional, señor Restrepo (el mismo que desempeñaba en la actualidad la Gobernacion civil de Antioquia), le deduce un pequeño cargo al Jefe de operaciones, por no haber destruido completamente aquella fuerza, "*como debió hacerlo*", sin recordar tal vez, que pocas líneas ántes de semejante apreciacion, habia aseverado que "el Comandante JOSÉ MARÍA CÓRDOBA (cuando se verificaba la invasion de Warleta) estaba *loco*, á consecuencia de una caída de á caballo". Puede asegurarse, conocido el temple y el arrojo de aquel jóven, que si el día del combate de Chorros Blancos hubiera estado ya suficientemente recobrado de la violenta sacudida que sufrió toda

su máquina, por consecuencia de tal caída, probablemente no habrían escapado diez españoles.

Por ese mismo tiempo recibía orden del Gobierno de Cundinamarca de invadir por el Cauca el territorio bañado por el bajo Magdalena, para coadyuvar á la emancipacion de aquella importante seccion de la Nueva Granada. En cumplimiento de tal orden, CÓRDOBA continúa en marcha para Zaragoza, con una columna de 100 hombres en persecucion de los restos de la fuerza de Warleta, que habian logrado escaparse en Chorros Blancos. Al llegar á aquel pueblo supo que los españoles se habian fortificado en la boca del Nechí, y para compelerlos á salir de allí, apeló á la estratagema de arrojar sobre este rio un considerable número de balsas iluminadas, que la distancia, la oscuridad de la noche, y la calma y serenidad con que descendian, hicieron creer á los españoles que les era imposible resistir á semejante *ejército naval*; y fué tal el miedo cerval que de ellos se apoderó, que abandonando intempestivamente sus fortificaciones, se embarcaron en el acto y fueron á situarse en Majagual. CÓRDOBA, sin pérdida de tiempo, manda una pequeña partida de observacion compuesta de unos 60 hombres, á explorar la situacion del enemigo, á órdenes de los Subtenientes Salvador Córdoba y Manuel del Corral, quienes, con el ardor y la inexperiencia propios de corazones juveniles, contrariando el precepto del Comandante general, no vacilaron un instante en atacar aquella fuerza. Y tan recia debió de ser la acometida que, en breve rato, 120 veteranos con su Jefe, el Teniente Coronel Guerrero Cabero y tres buques de guerra, se rindieron á discrecion. Tan temerario acto de valor deja de causar asombro, si se considera que por las venas de aquellos dos mancebos arrojados, corria la sangre generosa de CÓRDOBA y CORRAL; y es natural colegir que ellos aspiraban á señalar su entrada en la milicia con una accion de resonante y perdurable nombradía. El Comandante CÓRDOBA, tan severo en la disciplina como el romano Manlio Torcuato, no perdonó á los autores de aquella *brillante calaverada*, como él mismo la denominó, ejecutada en contravencion á una orden suya, sino en atencion al clamor general de oficiales y soldados.

A principios de Junio de aquel año, limpio de enemigos todo el bajo Cauca, ocupaba CÓRDOBA á Magangué, cuando tuvo noticia de que el Almirante Brion y el General Mariano Montilla, al frente de una respetable division habian anclado en la bahía de Sabanilla, y se preparaban á abrir operaciones en auxilio de los patriotas del bajo Magdalena y de nuestra Costa del Atlántico. Sin pérdida de tiempo, y deseoso de obrar en combinacion con aquellos dos distinguidos Jefes, CÓRDOBA se embarca solamente con 200 hombres, en direccion á la ciudad de Mompox, á donde arriba felizmente el 20 de Junio, despues de una travesia de pocas horas, es verdad, pero

azarosa y aventurada cual ninguna, por la no interrumpida serie de peligrosos accidentes que la naturaleza y el hombre, conjurados de consuno, habían amañado en todo el trayecto de un caño casi innavegable, y en el curso inexplorado de sus dos opuestas veras. Pero era tal el terror que infundía ya la historia de su nombre, que el batallón "Valencia", fuerte de 400 veteranos, que hacía la guarnición en aquella plaza, á órdenes de su Comandante, Don Vicente Villa, huyó despavorido, á los primeros rumores de la aproximación de CÓRDOBA y de su pequeña columna de reclutas.

Al día siguiente de haberse apoderado de Mompox, sin la menor resistencia, llegó también á la misma plaza el Teniente Coronel Hermógenes Maza, uno de los más arrojos y temerarios caudillos de aquella contienda inolvidable, con una escuadrilla compuesta de siete pequeñas y desvencijadas barcas, tripuladas por poco más de cien reclutas. Verse con CÓRDOBA, abrazarse y resolver incontinenti, atacar en combinación la escuadrilla española, surta en Tenerife, fué cuestión de un solo instante, pues aquellos dos esforzados adalides, movidos por una noble y entusiasta emulación, querían probarse mutuamente que estaban á la altura en que sus claros hechos los habían colocado ya. Así es que, sin detenerse un momento en lo aventurado y peligroso de la empresa que resolvieron acometer, ora por lo ventajoso de la posición que ocupaba el enemigo; ya por lo desproporcionado de las fuerzas de ambos combatientes, pues las de éste excedían á esotra en dos tercios por lo ménos; bien por la mayor disciplina de los realistas, su mejor armamento y la superioridad de sus embarcaciones, nada bastó á desviarlos de su propósito. El 25 al amanecer, dividida la pequeña fuerza republicana en dos columnas que marchaban por concómitancia á un mismo objeto, la fluvial, á órdenes de Maza, y la terrestre conducida por CÓRDOBA, caen á un mismo tiempo sobre la escuadrilla realista, la que no habiendo podido organizarse por lo rápido de aquella furiosa embestida, fué sorprendida y destrozada íntegramente, en poco más de una hora, por el vigoroso y simultáneo empuje de nuestros dos impetuosos caudillos.

"Cerca de 300 prisioneros y nueve buques de guerra con su cargamento, fusiles y municiones, cayeron en poder de los patriotas en aquella brillante jornada, cuyos resultados fueron bien *grandes* para la causa de la Independencia", dice el honorable señor Restrepo. Los dos jóvenes vencedores fueron ascendidos á Coroneles efectivos en premio de su heroico comportamiento.

Pero, sea dicho con perdon á la memoria venerable del señor Restrepo, los resultados de aquella gloriosa batalla no fueron simplemente *grandes*; nó, que fueron tan *decisivos*, si se nos permite avigorar el débil calificativo del historiador, para la emancipación de nuestras Provincias de la Costa del Atlántico y del bajo Mag-

dalena, como lo fué la de Boyacá para las del centro del territorio granadino. Veámoslo.

Por consecuencia inmediata de aquella batalla, CÓRDOBA, sin dejar descansar un instante su pequeña columna, resguardada ya su espalda, pudo caer sobre Barranca, donde habia un destacamento que marchaba para Mompox, en auxilio del regimiento que custodiaba esta plaza, bajo las órdenes del Teniente Coronel Don Vicente Villa: dicho destacamento conducia además un lujoso parque y provisiones de todo género, que el Gobernador militar de Cartagena, Coronel don Gabriel de Tórres, remitia al Comandante Villa para que, hecho fuerte en aquella plaza, divirtiera las fuerzas republicanas que intentaran bajar por el Magdalena á reforzar las que á la sazón se preparaban á asediar á Cartagena. Pues bien, CÓRDOBA con su habitual impetuosidad, no sólo se apoderó de aquel destacamento y de todos los auxilios que conducia para Mompox, sino que, á lance seguido, invade las sabanas de aquella Provincia, destruye las patrullas realistas que merodeaban en varias direcciones, improvisa y organiza en pocos dias una hermosa division, y se presenta impensadamente á la vista de la Ciudad Heróica, dentro de cuyos inexpugnables muros habian volado á amadrigarse, alebrastados y jadeando, los pocos realistas que, gracias á la ligereza de sus piés, habian escapado con vida de las garras de CÓRDOBA y de Maza.

Despejados de enemigos todo el curso inferior de los rios Cauca y Magdalena y sus numerosos afluentes; habilitada la comunicacion con las Provincias centrales de la Nueva Granada; engrosadas las fuerzas de los independientes y fortalecidas con sus recientes victorias; y, viceversa, amilanados y abatidos los realistas por tan no interrumpida serie de reveses, no era ya dudoso el éxito de la contienda por aquel lado, reducidos como quedaban ya los últimos á las plazas de Santa Marta y Cartagena únicamente. Verdad es que la segunda era considerada y, con razon, por sus inexpugnables fortificaciones y la abundancia de provisiones militares de todo género, como el más sólido é inaccesible baluarte de toda la América española; pero, á pesar de todo, el formidable ariete lanzado desde Tenerife por el irresistible empuje de CÓRDOBA y de Maza, habia conmovido los cimientos de aquellos muros de granito, y preparado una brecha más que suficiente, que aseguraba infaliblemente su caída en poder de los independientes. La cuestion, pues, no era ya sino de tiempo: Santa Marta se rindió el 11 de Noviembre de aquel año, previas las sangrientas jornadas de Fundacion y la Ciénaga, ganadas por los bizarros Coroneles Carreño y Padilla al Brigadier español Sanchez Lima, Jefe militar de aquella Provincia. Pero Cartagena no vino á caer, despues de muchas y desastrosas peripecias, sino el primero de Octubre de 1821, es de-

cir, despues de catorce meses de circunvalado su perímetro por los independientes, hábilmente capitaneados por el preclaro General Montilla, que obraba en combinacion con los distinguidos marinos Brion y Padilla.

A propósito del sitio de Cartagena, debemos á la fina galantería del ilustre decano de la Iglesia antioqueña, el venerable señor doctor Joaquin Restrepo Uribe, la siguiente anécdota alusiva al Coronel CÓRDOBA, de que no queremos privar á nuestros lectores de fuera de este Estado, y de cuya autenticidad respondemos como si la hubiéramos presenciado, tanto por el crédito que nos merece la autorizada palabra de aquel eminente y erudito sacerdote, como porque dicha anécdota envuelve uno de esos arranques característicos de la índole singular de nuestro héroe.

“El entónces Coronel JOSÉ MARÍA CÓRDOBA era uno de los jefes que bloqueaban á Cartagena, cuando los Generales Bolívar y Morillo concluyeron un armisticio; y en virtud de él los oficiales de uno y otro ejército podian pasearse libremente en el campo enemigo. CÓRDOBA se aprovechó de él para hacer un paseo á la plaza de Cartagena, y se propuso tambien visitar al Gobernador español, que lo era el Brigadier don Gabriel Tórres; y aquí me permito tributar de paso un homenaje á la justicia. Tórres era de lo mejor que vino en el ejército de Morillo.

“El batallon del Leon guarnecia á Cartagena y se componia todo de soldados españoles que habian triunfado en la célebre batalla de Bailen y arrojado de su territorio las terribles huestes francesas, cuyo valor y disciplina admiraba la Europa. La disciplina de estos soldados españoles era tambien admirable, tenian una magnífica banda de música y se ostentaban con lujoso uniforme.

“Supo Tórres el dia que CÓRDOBA le visitaria y ordenó que la tropa bien uniformada se presentase en la plazuela, que estaba frente á su casa, y que hiciera el ejercicio y varias evoluciones militares; todo lo veian Tórres y CÓRDOBA desde el balcon de la casa de aquél: terminada la funcion, el Gobernador dirige á CÓRDOBA estas ó semejantes palabras: ¿Qué dice, Coronel CÓRDOBA, de esta tropa? Le parece bien disciplinada? Está bien vestida? Y qué piensa usted de la banda de música? El jóven Coronel le contestó con su viveza característica, y con un tono tal vez poco urbano y quizá amenazante: ‘Sí, señor Gobernador, le dice, su tropa está muy bien vestida y disciplinada: nuestros soldados no están tan bien vestidos y disciplinados; pero sí meten mucha lanza.’ No se sabe si el Brigadier Tórres quiso congraciarse y complacer al jóven Coronel, ó más bien intimidar al que sólo tuvo idea de lo que se llama miedo, por haberle observado en los demás.”

Con la brillante cooperacion del Coronel CÓRDOBA en el asedio y rendicion de aquella renombrada plaza, su hoja de servicios á los

veintiun años de edad, no tenia ya rival entre los Jefes granadinos. En efecto: en seis años, solamente, del más recio é incesante batallar, habia asistido, bajo las órdenes de Bolívar y de Páez, á las célebres campañas de 1817 y 1818 en las márgenes del Orinoco y del Apure, las más crudas que se registran en las crónicas humanas; y despertado la admiracion de los bravos y hazañosos compañeros del Hércules venezolano; habia figurado en primera línea, en los combates de Paya, Gámeza, Vargas y Boyacá, que forman los fúlgidos peldaños de la gloriosísima campaña de 1819, que, á la vez que libertó las Provincias centrales de la Nueva Granada, preparó la emancipacion de toda la América española; por lo que ha sido justamente comparada con la de Marengo, en las guerras napoleónicas; habia rescatado con una base de sesenta hombres, á lo sumo, todo el poblado territorio de la Provincia de su nacimiento, organizado su gobierno, y remitido al de Cundinamarca un auxilio en dinero de 250,000 pesos: habia limpiado de realistas todo el curso inferior de los rios del Cauca y Magdalena, y preparado con su magnífica victoria de Tenerife, la emancipacion de las Provincias de Mompox, Santa Marta, Riohacha, Cartagena y Panamá. Es decir, una tercera parte, por lo ménos, del territorio granadino, habia sacudido el yugo de la España, debido en su mayor parte, á los esfuerzos de aquel invicto adolescente!

IV.

Libre ya de enemigos casi todo el territorio de la Nueva Granada; próxima á espirar la tiranía peninsular en el suelo de Venezuela con el golpe mortal que recibió en la memorable jornada de Carabobo; realizado ya en parte el hermoso sueño de Bolívar con la fundacion de la gran República de Colombia, sus miradas paternales se tornaron con avidez al antiguo Reino de Quito, que, aunque incorporado nominalmente á aquella República, su territorio gemia aún bajo el férreo yugo de los sátrapas españoles. En consecuencia, terminó felizmente el sitio de Cartagena, por capitulacion del Gobernador de aquella plaza, Coronel Don Gabriel Tórres, el Coronel CÓRDOBA, nombrado segundo Jefe de la expedicion que á órdenes del General Sucre habia marchado algunos meses ántes á auxiliar á los patriotas del Sur en la ardua pero generosa empresa de quebrantar la ignominiosa cadena de la esclavitud, siguió para su destino al principiar el año de 1822, y desembarcó en Guayaquil á mediados del mes de Abril, con un batallón que se le confió para reforzar el ejército expedicionario. Permitasenos connotar compendiosamente la situacion política de aquella importante seccion americana, á la llegada de nuestro héroe, para poder estimar

en su verdadero valor, la cooperacion que iba á prestar en esta nueva campaña.

Cuando CÓRDOBA arribó á Guayaquil, los independientes sólo eran dueños de una parte del territorio de la Provincia del mismo nombre: los realistas ocupaban sin contrapeso todo lo demás. Después de la sangrienta y bárbara hecatombe que presenciaron las ergástulas de Quito, y en la que fueron cobarde y villanamente inmolados á golpes de hacha y bayoneta, por los sicarios del feroz Presidente Ruiz de Castilla; los ilustres patricios Moráles, Salinas, Ascásubi, Quiroga, Riofrio, y todos los más que un año ántes (el 10 de Agosto de 1809) habian alzado los primeros, en toda la América española, el grito de independencia, los pueblos de aquella seccion amilanados á la vista de semejante demostracion de la *justicia* peninsular, se volvieron á dejar remachar sin resistencia, los hierros de la servidumbre, que, aún durara, si Bolívar, al día siguiente de la batalla de Boyacá, no hubiera dirigido su noble pensamiento hacia la redencion de aquel pueblo, que tantos títulos contaba al reconocimiento del Libertador, con el solo hecho de abrigar en su seno las insepultas cenizas de los preclaros protomártires de la noble causa de la emancipacion americana.

En los momentos mismos en que CÓRDOBA ponía el pié en territorio ecuatoriano, el Brigadier español, Don Juan de la Cruz Murgeon, que funcionaba provisionalmente en Quito como Virey del Nuevo Reino de Granada, acababa de fallecer en aquella ciudad, después de haber reanimado el espíritu de los realistas en los pocos meses de una enérgica y atinada administracion, y colocándose en actitud de poder afrontar sin temor, la tempestad que empezaba á bramar en torno suyo, avigorada por el aliento poderoso de un caudillo de las prendas del futuro Gran Mariscal de Ayacucho.

En el comienzo de aquella célebre campaña (á mediados de Abril de 1821) la suerte se inclinó primeramente en favor de los republicanos, quienes en la batalla de Yaguachi librada por Sucre contra los realistas dirigidos por el Capitan general, Don Melchor Aimerich, en 19 de Agosto de aquel año, fuera del considerable número de muertos y prisioneros que le hicieron al enemigo, consiguieron como secuela inmediata de aquella jornada, consolidar la independencia del Departamento de Guayaquil; y con tan considerable ventaja, todas las más que se derivaban de fijar una amplia base, respaldada por el mar, para el curso de sus operaciones ulteriores. Desgraciadamente en la batalla de Guachi, librada muy pocos días después por los mismos jefes y por las mismas fuerzas que en la anterior, con leves diferencias, los realistas cobraron con creces á los patriotas, las consecuencias de aquella primera rota, y obtuvieron tales ventajas sobre éstos, que si no hubiera sido por la pru-

dencia y acertadas precauciones del General Sucre, todo pudo haber fracasado por entónces, en aquella funesta jornada.

Dedicóse el General en Jefe en los últimos meses de aquel año y en los primeros del de 1822, á reorganizar los restos de su desbandado ejército, á levantar y disciplinar nuevas fuerzas; y, lo que más urgía por lo pronto, á fortalecer y entusiasmar con su ejemplo y con la autoridad de su simpática presencia, el ánimo quebrantado de aquellos recientes patriotas, noveles todavía en la espinosa senda de las revoluciones. Por fortuna para éstos, dos acontecimientos bien notables, ocurridos simultáneamente al abrirse la nueva campaña, vinieron á inclinar la balanza en su favor, á saber: la muerte del Virey Murgeon, el magistrado de más distinguidas aptitudes entre todos los nombrados por el Gobierno de la Península, durante el curso de la gran contienda de que surgió la emancipación de las Colonias españolas, y la llegada del Coronel CÓRDOBA, de la brillante espada de Tenerife, que venia á fijar definitivamente la victoria del lado de los independientes, y á levantar al pináculo de la inmortalidad al afortunado Jefe, á cuyas órdenes iba á emprender sus últimas y más gloriosas campañas.

A mediados de Abril, los dos ejércitos beligerantes de uno y otro bando, hechos ya sus correspondientes preparativos, y resueltos á aventurarlo todo en el trance de una batalla decisiva, empezaron á moverse en busca de un campo á propósito para medir sus armas, y en marchas y contramarchas, en que solían mediar escaramuzas de poca significación, llegó por fin el 24 de Mayo de aquel año, fecha clásica en las grandes efemérides de la epopeya americana, y la más notable en los fastos del pueblo ecuatoriano. Pero no queremos pasar adelante, sin consignar aquí una anécdota que hemos oído referir varias veces á nuestro venerable pariente y amigo, el Teniente Coronel José María Botero, ayudante del Coronel CÓRDOBA en aquella célebre campaña, y que después hemos tenido la satisfacción de ver literalmente confirmada por otro testigo presencial, el benemérito Coronel Manuel A. López, en la detallada relación que de dicha campaña publicó, poco tiempo há. El hecho que vamos á connotar, ocurrió tres días antes de la memorable batalla de Pichincha, esto es, el 21 de Mayo, en el ejido de la ciudad de Quito, denominado Turubamba, donde acampaba á la sazón el Ejército Libertador. Para mayor autenticidad, damos la palabra al señor Coronel López.

“Los enemigos estaban situados y parapetados con su artillería detras de los paredones que servían de cerca á las estancias que desde el ejido á la ciudad, en un trayecto de más de ocho cuadras, se encontraban á uno y otro lado del camellón del camino principal que viene del Sur. Al llegar al ejido, el Ejército Libertador desfiló por la izquierda á la vista del enemigo, á una distancia de sie-

te cuadras, con direccion al pueblo de Chilla Gallo, situado al otro extremo del ejido, y á su entrada se formó por columnas en masa. Así permanecimos hasta las cuatro de la tarde; y viendo el General en Jefe que no se movian, los provocó á un combate. Adelantó el ejército en la misma formacion hasta tiro de fusil de su primera posicion, y mandó avanzar la compañía de "Cazadores de Paya", que desplegó en guerrilla á dos cuadras de distancia de sus parapetos. El General JOSÉ MARÍA CÓRDOBA (entónces Coronel) picó su caballo, se adelantó, se paró á la cabeza de la Compañía, y con el anteojo se puso á observar el campo de los enemigos, quienes hicieron salir al ejido una compañía de tiradores, que se desplegó en guerrilla al flanco derecho de la de 'Paya', á una distancia de cuatro cuadras." "Sacaron tambien de sus parapetos una batería de cinco cañones de á cuatro, la colocaron arrimada á los paredones de su derecha, y un artillero, á quien seguramente le llamó la atencion la presencia del Coronel CÓRDOBA, se puso á apuntarle: el Ayudante Botero (José María) que lo observó, le previno con estas palabras: '*Coronel, mire que le están apuntando con un cañon.*' El Coronel CÓRDOBA contestó con impavidez: '*Déjelos usted tirar*'; y continuó tranquilo observando el enemigo, sin mover su caballo. El artillero disparó un cañon, y la bala que le dirigió atravesó por el cuadril derecho al Capitan de Cazadores, Felipe Pérez, que estaba parado á la cabeza de la Compañía, arrojándole como cuatro varas atras, cayendo postrado en tierra á las patas del caballo del Coronel."

Hasta aquí el señor Coronel López; pero el Teniente Coronel Botero, que aún vive, y que es el mismo que funcionaba en aquel lance como Ayudante de CÓRDOBA, nos ha agregado, verbalmente, que éste continuó todavía en la misma posicion, por más de veinte minutos, sirviendo de blanco á aquella batería, que le lanzó cuatro ó cinco andanadas, sucesivamente, mientras él, con la más serena calma, continuaba cumpliendo con la comision que habia recibido del General en Jefe, de batir el campo enemigo con el anteojo, estudiar sus posiciones, y graduar el número de su fuerza. Hariamos interminable esta Biografía si nos propusiéramos referir todos los lances semejantes á éste, relativos á nuestro héroe, y atestiguados por personas fidedignas, que los presenciaron.

Volvamos á anudar el hilo de nuestra interrumpida narracion. El General Sucre, cuyos conocimientos en el arte de la Castramentacion y en la direccion de las marchas, constituian la más relevante de sus dotes militares, por medio de una diestra y bien combinada maniobra, habia logrado en la noche del 23, tomarle la delantera al enemigo, y situarse sin ser observado, sobre la elevada cima del Pichincha, desde donde, á la vez que amenazaba á Quito é interceptaba la comunicacion de las fuerzas realistas que ocupaban á Pasto, con las que dominaban al Ecuador, lograba además, todas las

ventajas que se derivan de una posición superior á todas luces á la del enemigo, para en el caso (que no se estimó muy probable) de que éste pretendiera desalojar por la fuerza á su adversario de aquel punto. Sin embargo, desesperado Aimerich con el buen éxito de aquella maniobra, en un exceso de arrebato, comete la imprudencia (que como tal ha sido juzgada) de pretender arrojar de aquella eminencia al ejército republicano, en momentos en que éste acababa de coronarla sin el más leve contratiempo.

Al clarear el día empieza la ascension del ejército realista, y verificada con más facilidad de la que era de presumirse, á las nueve y media en punto las vanguardias respectivas rompen los fuegos, muy cerca ya de la cima de aquel volcan imponente y majestuoso; y, sea dicho en justicia, las primeras embestidas de los realistas fueron tan rudas y tan hábilmente dirigidas, que los patriotas que las sostuvieron con igual grado de coraje en un principio, agotados ya sus pertrechos, y sin modo de reponerlos, porque el parque aún no había llegado, comenzaban á blandear, perdiendo terreno en favor de los contrarios, quienes, juzgándose victoriosos, redoblan su ardimiento. En tan críticos instantes, CÓRDOBA, que aún no había entrado en batalla, situado como estaba á la retaguardia del ejército patriota, apercibiéndose de pronto del peligro á la cabeza de dos compañías del batallón "Magdalena", vuela á reforzar otras tres del "Albion", únicas que hacían frente todavía á la terrible acometida de los realistas. Una explosion del Pichincha en aquel momento supremo, hubiera causado ménos estragos en las atónitas filas de Aimerich, que los que ocasionó en pocos minutos el ímpetu de aquella carga memorable, que fué tal, que en ménos de media hora, vencedores y vencidos, descendiendo desalados, de golpe y zumbido, por los flancos vertiginosos de aquella espantable cima, se encontraron confundidos y revueltos en las primeras calles de Quito, sin comprender cómo ni cuándo. Y el desorden fué de tal naturaleza, que sólo el entusiasmo y el terror, que se delineaban respectivamente en los semblantes de los unos y de los otros, pudieron hacerlos distinguir.

"1,100 prisioneros de tropa, 160 Jefes y oficiales, 14 piezas de artillería, 1,700 fusiles y todos los demas elementos de guerra que poseía el Gobierno español en el Reino de Quito", fueron los resultados inmediatos de aquella gran jornada. Y hace resaltar además el historiador, la coincidencia singular de haber terminado la dominación española en aquel reino á los 200 años cumplidos, en que, por la primera vez, tremoló el estandarte de Castilla sobre las nevadas cimas de los Andes ecuatorianos.

V.

Después de la completa victoria de Pichincha, el Libertador, á quien el célebre guerrillero, Don Basilio García, había mantenido

abarrancado entre las hondas simas del Juanambú, desembarazado ya de aquella trampa por el susto del Coronel García al ruido de tal victoria, se trasladó á Quito, en donde permaneció algun tiempo preparando la organizacion republicana de aquella importante seccion del territorio de Colombia. Casi al terminar su interesante mision, se tuvo noticia en aquella ciudad de que el Coronel español, Don Benito Bóves, habia verificado con poco esfuerzo, una reaccion en la Provincia de Pasto, en favor del Gobierno de la Península; y decimos sin esfuerzo, porque el fanatismo por la realeza, que no le iba en zaga al religioso, llegó á ser proverbial en aquella época, entre los sencillos habitantes de aquella selvática region.

El Coronel Bóves, decimos, aprovechando el entusiasmo que logró inflamar en aquellos obstinados y rústicos labriegos, con el descalabro que le hizo sufrir á un pequeño destacamento republicano que conservaba en el Guáitara el Coronel Antonio Obando, pudo armar y organizar en pocos dias una imponente division de 2,000 hombres, con que se preparaba ya para invadir el Ecuador. Tan serio reputó el Libertador el peligro, que no vaciló un momento en ordenar al General Sucre fuese personalmente, con los vencedores de Pichinchá, á sofocar una reaccion que podia adquirir en breve terribles proporciones; pues Pasto, ora por la fiera indomable de sus fanáticos moradores; ya por lo áspero y fragoso de las altísimas sierras que cruzan su territorio en todas direcciones, ha sido considerada con sobrado fundamento, como la Vendea de la América española. Para esa Vendea se hacia indispensable un nuevo Hoche, y á ningun colombiano asentaba mejor este renombre que al ilustre General Sucre, no inferior por ningun concepto, á aquel simpático guerrero de la moderna Francia. Acompañaban al General Sucre en aquella excursion aventurada, oficiales tan distinguidos como los Coroneles Salom, Sándes, Jiménez, Carvajal, y, sobre todo, el bravo entre los bravos, JOSÉ MARÍA CÓRDOBA.

Cuatro sangrientos y mortíferos combates, dados sucesivamente en los parajes de Guáitara, Cuchilla de Taindala, Yacuanquer y Pasto, en los dias 22, 23 y 24 de Diciembre de aquel año, se necesitaron para desalojar aquellas bípedes gamuzas de las inaccesibles posiciones que la naturaleza les brinda á cada paso en aquel terreno sinuoso y quebradizo cual ninguno. Inútil es agregar que la espada de Córdoba fulguraba siempre la primera detras de aquella horda de serranos, atropellándolos y empujándolos por todas partes, sin que bastasen á contenerla ningun género de obstáculos levantados á su paso. En el combate de Yacuanquer, especialmente, nadie le pudo disputar la palmatoria. Tan claros hechos le alcanzaron al fin las charreteras de General, cuando cumplia apenas veintidos años. La historia de las hazañas humanas no ha consiguado otro prodigio semejante, que nosotros conozcamos.

Pero la rebelion de Pasto no habia quedado extinguida; y los combates de Guáitara, Taindala, Yacuanquer y Pasto, no eran sino el prólogo de un nuevo y terrible drama que la Libertad y el Despotismo iban á representar durante un lapso de tres años, en medio de las asperezas de aquella Suiza del fanatismo y de la realenza. Agualongo y Merchancano, los *Empesinados* colombianos de esa causa, habian aparecido ya en la escena; y una segunda rebelion encabezada por estos dos famosos guerrilleros, que estalló en el promedio del siguiente año, de 1823, demandó la presencia misma del Libertador, quien logró apaciguarla por pocos dias, con la sangrienta derrota que les hizo sufrir en la villa de Ibarra, el 19 de Julio de aquel año. Pero aquella rebelion, sangrarla era podarla; y álguien la ha comparado, sin exageracion, con la Hidra de la Fábula, cuyas cabezas cercenadas se multiplicaban á porfía, indefinidamente. Las proezas inauditas allí ejecutadas por Bolívar, Sucre, CÓRDOBA, Salom, Flórez y Obando, las primeras espadas de Colombia, no podian contener aquel voraz incendio; y se necesitó al fin, para extinguirle, que el Libertador apurara todos los recursos de una imaginacion que no ha reconocido superior en el arte de superar las más grandes dificultades.

A mediados de Setiembre, CÓRDOBA se encontraba accidentalmente en Popayan haciendo sus aprestos para marchar al Perú, en donde tantos laureles le aguardaban. Vagos rumores circulaban á la sazón de que despues que el benemérito General Salom habia conseguido ahogar en sangre una tercera rebelion de Agualongo y Merchancano, estos incansables cabecillas habian reaparecido al frente de una nueva montonera de labriegos atropada en pocos dias, con la que lograron sitiar á Pasto é incomunicar á Salom; razón por la cual, la situacion de éste habia llegado á ser en extremo precaria y azarosa. El Comandante militar del Departamento del Cauca, Coronel José M. Ortega, deseoso de aclarar tan misteriosa situacion, pero no teniendo más fuerza disponible que una pequeña columna de poco más de 200 hombres, suplicó al General CÓRDOBA condujera personalmente dicha columna en auxilio de los patriotas de Pasto; y aún cuando no estaba obligado á ejecutar mandamientos de un Jefe de inferior graduacion, no vaciló un instante en aceptar una comision tan delicada como aquélla, y ocasionada á toda clase de contratiempos y peligros. Pero por lo mismo que todo el mundo le auguraba una suerte indefectiblemente desastrada, el grande ánimo de CÓRDOBA se inflama al oír enumerar los inevitables accidentes que iban á embarazarle por doquiera. Y al fijarse en su última resolucion, no era un vano é imprudente atolondramiento el que le guiaba, sino que se proponia demostrar, en la peligrosa campaña que iba á emprender, y que consideró despues como el complemento de su gloria militar, que si en campo abierto

nadie le excedia en audacia para cargar al enemigo, en presencia de inexpugnables posiciones poseía tambien la calma impavidez y la prudente cordura de Jenofonte, para salvar un ejército en retirada, acosado por un adversario superior. Y tenía razon: el militar que carece de esta segunda dote, no figurará nunca en primera línea. Ney, salvando en el paso del Beresina los restos del Grande Ejército, en la astrosa retirada de la Rusia, nos parece diez veces más grande que en su irresistible carga de la Moskowa; y el Coronel García, salvando el batallón Valencey, despues de la batalla de Carabobo, no le fué en zaga al General Páez en la brillante acometida con que decidió dicha jornada en favor de los patriotas.

CÓRDOBA se puso en marcha con su pequeña columna por un camino que transitaba por primera vez, y á poco de haberse internado en él, comprendió que no habia la menor exageracion en las aterradoras descripciones que le habian hecho sobre los peligros que rodeaban aquella senda. Y, á la verdad: lo imponente y pavoroso de aquellas escabrosas é indomables serranías; sus multiplicadas cimas, que brindan á cada paso fortalezas inaccesibles; lo frecuente de sus hondonadas y recodos, tan propios para ineludibles y aleves zalagardas; lo cuajado de sus selvas centenarias, que interceptan los rayos del sol á toda hora; lo desierto y desproveido de aquella larga y tenebrosa senda; lo taimado, astuto y rencoroso de los fieros moradores de aquella comarca, entusiastas y frenéticos secuaces del Rey de España, todo esto aglomeraba un cúmulo indefinido de circunstancias á propósito para llevar el desaliento y el temor á un corazon ménos templado que el que latia en el pecho del héroe de Pichincha; quien en vista de semejante situacion, por un esfuerzo prodigioso de su voluntad, abandona de pronto su carácter impetuoso y aventurero, y se reviste de toda la reserva, la astucia y la cautela de un zorro sexagenario.

Despues de haber atropellado victoriosamente, previa una recia reyerta, una gruesa columna del ejército pastuso, que apostada en el paraje de Cebóllas, procuró disputarle el paso, avanzó en su persecucion hasta el pié de la formidable cumbre de Tacines, de ingrato recuerdo para los patriotas: y, cosa rara! al observar que los realistas, con una fuerza décupla de la suya, léjos de intentar impedirle la posesion de aquella temible fortaleza, se la abandonan espontáneamente, sin disparar un solo tiro, el ántes fogoso mancebo, cuyo ardor no habia conocido valla, oteando instintivamente toda la magnitud del peligro que implicaba la al parecer inocente maniobra del enemigo, se detiene de repente en mitad de aquella ascension, y ordena sin vacilar la contramarcha á su columna. Esta delicada operacion empezó á verificarse en altas horas de la noche, y con las mayores precauciones que fué posible adoptar, para no alarmar al enemigo. Sin embargo, apercibido éste, al alborear, de

lo ocurrido, y bramando de coraje al ver que se le escapaba de las manos semejante presa, vuela, sin perder momento, por veredas impracticables, á él solo conocidas, se apodera de ambas veras de la senda que llevaba la columna republicana, y rompe sobre ella un fuego mortífero y bien sostenido, que no cesó un solo instante en todo aquel largo trayecto.

Pero el ánimo de CÓRDOBA lejos de flaquear, se levanta más que nunca sereno é inmutable, en presencia de aquella serie indefinida de obstáculos abrumadores con que la naturaleza, obrando de consuno con la más refinada malicia, se esmeraban á porfía por abarancarle en aquellas hondas simas. Mas á medida que arreciaba el peligro, su ingenio se aguzaba y crecía su valor; y, sólo así, ora escalando riscos con la espada en la boca, ya oblicuando mañosa é instintivamente insuperables posiciones; bien escurriéndose como la serpiente, á deshoras de la noche, por en medio de las zalagardas que le armaba el enemigo; ó, finalmente, cuando no habia otro medio, destrozando y arramblando con la furia de un leon irritado, todo lo que se le ponía por delante, pudo escapar con su columna casi íntegra, de entre aquella turbamulta de cosacos americanos hábilmente dirigidos por Merchancano y Agualongo, después de noventa y seis horas seguidas de la lucha más activa, inteligente y obstinada que registran nuestros anales militares.

En el paraje de "Veinticuatro", habiendo intentado aquellos terribles guerrilleros dar un último asalto á la heroica columna que tan prodigiosamente se les acababa de escapar, obtuvieron un nuevo desengaño; pues CÓRDOBA, á cubierto ya de celadas, los pudo acuchillar á toda su satisfaccion.

El General López en sus Memorias, después de describir someramente este pasaje incomparable de la vida del héroe de Ayacucho, concluye con este párrafo:

"El General CÓRDOBA me expresó muchas veces entusiasmado, aun después de la batalla de Ayacucho, que aumentó inmensamente su celebridad, que ésta era la campaña más lucida que habia hecho en toda su carrera militar; pero que por desgracia no se hizo mérito debido de ella á causa de haber sido en tan pequeña escala y contra un enemigo de tan débil prestigio; pero que él se proponia escribirla y publicarla con todos sus detalles, para que se viera que nunca se habian aplicado en tan poco tiempo todos los principios del arte de la guerra, ni combatido tan desventajosamente, ni desplegado tanto valor, ni usado de tanta habilidad como en esa vez. Yo (dice el General López) participo de su opinion, y me vanaglorio de haber contribuido eficazmente al brillo de esa columna y á su *prodigiosa* salvacion."

Semejante concepto, emitido por un testigo presencial, de los

precedentes y de la alta respetabilidad del General López, no necesita de comentarios.

VI.

Trasladémonos ahora al Perú, rastreando la senda luminosa de nuestro héroe, quien, en obediencia á las órdenes del Libertador, y arrastrado por su propia inspiracion, habia desembarcado en el Callao al comenzar el año memorable de 1824. Bolívar le habia precedido unos pocos meses, y al darse á la vela en Guayaquil, habia dirigido á los peruanos su última proclama desde el suelo colombiano, en la que al concluir, epilogando su pensamiento, les decia:

“Yo os prometo que no se habrá pasado un año sin que el estandarte de la Libertad cubra con su sombra protectora todo el territorio de los hijos del Sol.”

Esto anunciaba el 6 de Agosto de 1823; y al año cumplido, el 6 de Agosto de 1824, en la gloriosa jornada de Junin, verificada en esta última fecha, empezaba el cumplimiento de aquella feliz y maravillosa inspiracion. Con el retardo de un solo dia, el sol de Boyacá, que habia presenciado cinco años ántes la realizacion de una profecía semejante, iba á mostrar á los descendientes de Atahualpa y de Pizarro, la espléndida aurora de su emancipacion.

Para que se juzgue con alguna propiedad acerca del mérito contraído por Bolívar y sus dignos compañeros en la titánica y aventurada empresa de recobrar el Perú del yugo de la España, vamos á dar una idea del estado político de aquel pueblo, pocos meses despues del arribo del Libertador, copiando un párrafo del malogrado Larrazábal, quien, con su pluma inimitable, la compendia en un solo rasgo, en estos términos:

“Cuando Necochea llegó á Lima (Febrero de 1824) todo era allí confusion y desorden. Los primeros magistrados se habian pasado al enemigo, los empleados habian abandonado sus destinos, y los oficiales del ejército sus cuarteles. Torretagle y el Ministro de la Guerra, Berindoaga, Marqués de San Dónas, volaron al Callao y se entregaron á Rodil. De ciento y pico de oficiales del ejército peruano, se presentaron á Rodil 105. El General Portocarrero se pasó á los españoles. Un regimiento de granaderos montados, de Buenos Aires, que observaba los movimientos de Rodil, se insurreccionó y se fué al Callao, aumentando las fuerzas españolas. Los Comandantes Novájas y Ezete se sublevaron con los escuadrones en Supe, y se vinieron á Lima, llevándose prisionero al Coronel colombiano Carlos María Ortega, con cuya ofrenda se presentaron á los españoles. Todos los dias se recibian partes en el Cuartel general Libertador, de la desercion de uno ó más oficiales, de uno ó más piquetes de tropa, que con armas se pasaban al enemigo. Unieron-

se, pues, en detestable acuerdo el destino, la perfidia y los tiranos; los que vendian su patria y los que anhelaban humillarla, teniéndola en la más degradante servidumbre! Y los malos explotaron la ignorancia del pueblo, diciéndole que la guerra habia cesado por fortuna en el Perú, no quedando otros enemigos de su felicidad que Bolívar y sus colombianos, en cuya destrucción debian trabajar de consuno todos los hijos del país; porque la idea de los pretendidos libertadores no era otra que quedarse con el Perú y someterle á Colombia."

En vista de este cuadro tan magistralmente delineado, se comprenderá cuán punzante seria la espina que traspasaba el corazón del Libertador, cuando, acabando de leer el decreto que le conferia la Dictadura de aquel pueblo degradado, exclamó, en presencia de los mismos que le imponian aquel terrible cargo:

"Vamos á salvar este triste país de la anarquía, de la opresion y de la *ignominia*."

Y le salvó! pero, de qué manera! De la más prodigiosa de que hay constancia en la crónica universal de los sucesos humanos; es decir, sacándolo todo, á semejanza del Criador, de aquel caos tenebroso de desorden, de egoismo y de miserias, que la envidia, el resentimiento y la traicion mantenian en constante y pavorosa ebullicion.

Jamás en la vida portentosa de Bolívar, ni en la de ningun otro de los hombres más extraordinarios de la Historia, ha contemplado nuestra mente un fenómeno más digno de admiracion que el que ofrece aquel gigante en los últimos meses que precedieron á Junin. Alejandro penetrando en el corazón de la India; Aníbal haciendo frente durante cuarenta años á la pujanza del coloso romano; Carlo Magno en sus 50 campañas contra los bárbaros; Napoleon en su asombrosa lucha contra todas las potencias de Europa, no brindan nada comparable al grandioso espectáculo que ofrece aquel hombre predestinado, que, solo, de pié, con los brazos cruzados, semejante á una estatua de granito, blindada en amianto; ó como Daniel y sus compañeros en el horno de Babilonia, contemplaba sin conmoverse el inflamado y rugiente torbellino que salia de aquel abismo insondable de pasiones encontradas y de opuestos intereses. De repente el coloso recogiendo sus fuerzas se inclina sobre ese abismo, y á su soplo omnipotente, como por ensalmo, extinguese el incendio; y un nuevo pueblo independiente y libre, vió su nombre con asombro, inscrito contra su voluntad en el escalafon de las naciones.

Pero nó, que no estaba solo! Para sacar á flote el nuevo pueblo de en medio de ese antro de deslealtad y de traiciones, y hacer frente á 18,000 veteranos españoles de los laureados en Bailen, en Zaragoza y Torres-Vedras, ufanos con veinte años de esforzado y

hazañoso guerrear, contaba con 4,000 bravos colombianos, de los vencedores en Boyacá, Tenerife y Carabobo, con la sagacidad y la prudencia de Sucre, y, sobre todo, con la espada fulminante de Pichincha!

En Mayo de aquel año, inauguróse al fin aquella campaña, la más celebre en los anales de aquella gran contienda, pero como las dos fuerzas enemigas estaban separadas por un espacio de 200 leguas, por lo ménos, con pésimas vías de comunicacion, el primer choque no vino á verificarse sino el 6 de Agosto, en los campos de Junin. En ménos de una hora de una carga de lanza solamente, la caballería española rodó destrozada, aniquilada á los piés de los jinetes colombianos. Este golpe, que puede considerarse como el intróito de la gran jornada de Ayacucho, fué de grandes consecuencias: los hijos desleales del Perú, que sólo aguardaban el más ligero descalabro de parte del ejército auxiliar, para volar en masa á apoyar á los realistas, al saberlo, escondieron la cabeza amedrentados, como el caracol bajo su concha; las insoportables fanfarronadas de un enemigo engreído y altanero, desaparecieron por completo, para ser reemplazadas por el terror y el desaliento; y, finalmente, el entusiasmo y la confianza radicaron con más fuerza en las filas de los republicanos. Ya no era difícil augurar el desenlace.

Pocos dias despues de la batalla de Junin, el Libertador en acatamiento á un decreto del Congreso colombiano hubo de resignar el mando en Jefe del ejército republicano en la persona del esclarecido General Sucre, quien teniendo como siempre de segundo al General CÓRDOBA, continuó dirigiendo aquella campaña con la inteligencia, actividad y circunspeccion que le eran características. Casi un mes hacia que Sucre, marchando de continuo á la defensiva, buscaba un local á propósito para librar un combate de tan ilimitada trascendencia; pues intentaba, y con razon, neutralizar hasta donde le fuera dable, la enorme superioridad del ejército realista, con las ventajas de una buena posicion, cuando el 8 de Diciembre recibió por la posta una orden terminante del Libertador en que le prescribia que "*cualquiera* que fuese su posicion y la del enemigo, aventurase una batalla, bajo el concepto que no debia reparar en el mayor número, ni en atrincheramientos, ni fortificaciones, si las tenia, y que en todo caso debia buscarle para *batirle*." Esto advierte Larrazábal, y Restrepo agrega que "Sucre desde aquel momento determinó cumplir la orden terminante de Bolívar."

Cuando tal orden se recibió, el ejército español capitaneado en persona por el Virey Laserna, ocupaba la eminencia y los declivios del cerro del Condorcanqui, que domina la planicie un tanto barrancosa de Ayacucho, donde acampaba el Ejército Libertador. A las ventajas de la disciplina y del número de las fuerzas realistas, excedentes á las republicanas en poco ménos de la mitad, agrega-

ban en esta vez las de la magnífica posición que la naturaleza del terreno les brindaba. Se necesitaba tener la divina inspiración del libertador del pueblo de Israel, ó la presciencia del Moisés americano, para vislumbrar la victoria al través de inconvenientes de tanta magnitud, é imponérsela al destino con tan maravillosa é incontestable decisión.

Inmensa é indescriptible era la ansiedad que reinaba en los dos opuestos campamentos al asomar al día siguiente, radiante y majestuoso, por detras de las empinadas crestas de los Andes, el sol del 9 de Diciembre, que debía alumbrar el desenlace de una de las más rudas contiendas que se hayan librado entre la Libertad y el Despotismo.

Renunciamos á la idea de ofrecer aquí una descripción circunstanciada de la célebre batalla de Ayacucho, que juzgamos suficientemente conocida de nuestros lectores: nos basta para nuestro propósito, que no es otro que el de poner en evidencia la participación que tuvo en ella el protagonista de esta Biografía, el presentar una compendiosa relación de sus detalles más importantes, extractada del parte oficial del Estado Mayor general del Ejército Libertador.

Sucre y Laserna, siguiendo la usanza clásica, dividieron respectivamente sus fuerzas en tres alas ó columnas paralelas, dirigidas por sendos generales: la derecha de los independientes, capitaneada por Córdoba, confrontaba con la izquierda de los realistas, guiada por Villalóbos; la izquierda republicana, dirigida por Lamar, se avistaba con la derecha del enemigo, que conducía Valdes. Miller y Monet mandaban los centros respectivos: éste el español, aquél el americano.

Antes de entrar en la narración de la batalla de Ayacucho, con perdon de nuestros lectores, vamos á connotar en un rápido episodio, dos interesantes anécdotas que debemos á dos renombrados escritores, al eminente literato, señor Manuel Ancizar, y al señor Coronel Manuel A. López, ocurridas en los primeros días de Diciembre de aquel año; anécdotas que á la vez que ponen de manifiesto el lamentable estado á que había llegado el ejército independiente, en vísperas de la decisiva jornada de Ayacucho, por consecuencia del descalabro de Corpahúaico, nos muestran la índole caballerosa, que al fin, tras once años del más bárbaro y porfiado batallar, había recobrado, para honra de la humanidad, aquella contienda formidable, volviendo á entrar en el cauce que han abierto las humanitarias prácticas del cristianismo.

“El 3 de Diciembre (dice Ancizar en su Biografía del General Sucre) marchando los ejércitos por las alturas de Matará, hicieron los realistas un súbito movimiento sobre su izquierda, para tomar la espalda de los patriotas, lo que notado por Sucre, retrocedió á Corpahúaico, pero no tan pronto que escapase del infatigable Val-

des, cuya division atacó y destruyó la retaguardia republicana, capturando gran copia de equipajes, bestias de tiro, y para remate de quebranto, el parque y uno de los dos cañones que constituían el tren de campaña; brillante golpe, que Sucre disimuló dando el parabien á Valdes, y añadiendo un regalo de chocolate, á que el festivo español correspondió con varias cajas de tabaco y galantes palabras de pésame; género de cortesías que no siempre mediaron en aquella guerra extremada en todo, ménos en la benignidad de los combatientes."

La otra anécdota no la copiamos, porque no la tenemos á la vista; pero trasladamos su sentido, en estos términos;

El 9, dos ó tres horas ántes de la batalla, el General español Monet pidió cortesmente al General CÓRDOBA una breve entrevista para los oficiales y soldados de los dos ejércitos; pues en ambos habia individuos que aunque encontrados en ideas políticas, estaban estrechamente unidos por los lazos de la amistad y aún de la sangre, que deseaban darse un cordial abrazo, que para muchos de ellos iba á ser seguramente el último.... CÓRDOBA, en términos igualmente atentos, otorgó la solicitud del Jefe español; y mientras duró aquella tierna y patética entrevista, asistieron ambos á ella, conmovidos por el tocante espectáculo que ofrecían aquellos viejos veteranos, al dirigirse entre sollozos, una última despedida, para volar en seguida, á desgarrarse las carnes con el despiadado acero, acatando los inexorables mandatos de ese móvil misterioso á los ojos de la razon, que llaman el honor....

La ternura es un sentimiento de suyo expansiva cual ninguno; así es que, CÓRDOBA y Monet, arrastrados por el calor de aquella escena, se pusieron al habla, y departieron con franca animacion sobre los funestos efectos de la guerra. Momentos ántes de despedirse, el español propuso al americano, arrebatado de un generoso impulso, que orillasen de algun modo honroso, aquella áspera contienda, que tanto habia hecho gemir la humanidad en catorce años seguidos. CÓRDOBA le replicó con entereza, que reconocieran la independencia de todas las Colonias de la América española, y era punto concluido.

—Pero eso es imposible, repuso Monet, toda vez que el éxito de la contienda sólo depende ya de una batalla, que indudablemente será favorable á nuestras armas. ¿No ve usted, agregó, esa inexpugnable posicion que coronan 10,000 aguerridos veteranos? ¿Cree usted, General, que sea posible perder con semejante ejército? CÓRDOBA sin inmutarse, pero con un acento que revelaba la más incontrastable conviccion, le contestó sin vacilar:

No puedo negar á usted, General, que el ejército de ustedes es muy superior al nuestro por la disciplina, por el número, y aún por la ventajosa posicion que actualmente ocupa; pero nuestros

soldados son mejores que los de ustedes, porque saben por qué pelean, como lo confesará usted á la hora del combate.

A las diez y média (cuenta el Coronel López, testigo presencial de aquella entrevista) el General Monet volvió á la línea, y llamando á CÓRDOBA, le dijo: General, vamos á dar la batalla.

—Vamos, le replicó CÓRDOBA; y dándose un cordial apretón de manos, tornaron en el acto á sus puestos respectivos.

Rasgos de esta naturaleza conservan todavía cierto sabor caballeresco, que nos arrancan involuntariamente un grito de admiración, y nos impelen á descubrirnos reverentes en presencia de aquellos grandes caracteres, dignos de los tiempos heróicos del valor.

No está de por demas agregar que el sol de aquel glorioso día no habia escondido aún su último rayo, cuando Monet, prisionero ya de CÓRDOBA, confirmaba con noble ingenuidad, la inspirada asercion de su afortunado y generoso vencedor.

A las diez y média de la mañana se rompen los fuegos: Valdes es el primero que descende del declivio; y el entusiasmo de una primera acometida, agregado al ímpetu vigoroso que la inclinacion del terreno le imprime á todo cuerpo, en virtud de la fuerza de gravedad, le dió á aquella embestida una pujanza irresistible; la izquierda republicana que la recibe, aunque compuesta en su mayor parte, de los pocos peruanos que Lamar pudo cazar entre los bosques, sostiene con denuedo aquella carga por espacio de dos horas, al cabo de las cuales empieza á desmayar, y retrocede al fin en confuso remolino. Habia llegado, pues, el momento supremo; y CÓRDOBA arrancado de su puesto natural por una órden del General en Jefe, vuela en auxilio de Lamar á remediar aquel conflicto; pero al llegar, haciéndose cargo de toda la inminencia del peligro, su espíritu se recoge durante unos pocos segundos, é invoca al genio de la guerra en busca de un expediente extraordinario, á propósito para reanimar el entusiasmo y la esperanza, que empezaban á abandonar á los patriotas. De pronto aquel hombre se endereza, y sus ojos fulgurantes anuncian una extraña determinacion: era que el genio protector del Nuevo Mundo acababa de insuflar en aquel cráneo la más vigorosa y fecunda inspiracion de que hay memoria en los fastos militares. CÓRDOBA al sentirla, echa pié á tierra, é imitando al célebre Espartaco, hunde su acero en el vientre del caballo, y exclama con resonante y vigoroso acento: “¡Soldados, yo no quiero medios para escapar, y sólo conservo mi espada para vencer! No hay retirada!”

En seguida, al tiempo de cargar á un enemigo, que ya se supone victorioso, un nuevo grito se escapa de su pecho: “¡Adelante, arma á discrecion, paso de vencedores!!” Y, por si algo faltaba á la fuerza incontrastable de ese grito, que la Historia transmitirá encantada á la más remota posteridad, acompañando al eco que le si-

que repercutiendo en las profundas cavidades de los Andes, manda tocar el *Bambuco* americano, pieza desconocida en la música militar; pero la más adecuada para despertar en el corazón de nuestros pobres labriegos, disfrazados de soldados, las más gratas emociones; quienes al oír en cualquier tiempo aquella pieza alegre y bulliciosa, se sienten trasportados y conmovidos, al recuerdo de su aldea nativa, de su juventud, de sus amores.... !

Aquella acción, aquella voz de mando, aquella pieza popular, asagundadas por la imponente actitud del héroe de quien partían, epilogan de un solo rasgo, toda la homérica jornada de Ayacucho. Víctor Hugo, con su pluma de oro, ha inmortalizado una inmundada palabra de taberna, pronunciada por Cambronne en Waterloo, al intimársele por los vencedores la orden de rendición. Y si el General francés, con una ruda é insolente interjección, lanzada, acaso sin conciencia, en un momento de rabia ó de despecho, ha logrado glorificar una derrota y transmitir su nombre á la posteridad; ¿en qué idioma hubiera podido encontrar el eminente poeta epítetos que alcanzasen á encomiar bastanteamente aquel *Paso de vencedores!!* que convirtiendo en triunfo una derrota, arrancó todo un continente de una larga opresión de tres centurias?

Escritores tan distinguidos como el General Jomini y el sesudo Augusto Nicolas, son de sentir que las arengas más brillantes que connota la historia militar de las naciones, palidecen en presencia de la acción ejecutada por el gran Condé en la batalla de Friburgo, que consistió en arrojar su bastón de mando en medio de las filas enemigas, en lo más recio de la reyerta, para reanimar el valor de sus soldados, que ya empezaban á blandear. Y nosotros agregamos, si es que no padecemos estrabismo intelectual, que la acción ejecutada por nuestro héroe, es diez veces más osada, más original y más romántica que la del renombrado táctico francés.

Pero apelemos á la pluma imparcial de un historiador extranjero, para que se vea que no hay el menor rastro de exageración, por nuestra parte, al aseverar que aquella incomparable voz de mando, desconocida en la Táctica militar, fué la causa eficiente de la gran victoria de Ayacucho.

"Valdes, dice Larrazábal, atacó nuestra división "Lamar", con tal ímpetu, que por el momento la *obligó á ceder*. En el acto Sucre, que con una serenidad inalterable vigilaba desde un punto llamado La Sabanita, los movimientos de ambos ejércitos, ordenó á CÓRDOBA que cargara sobre el enemigo, y reforzó la división Lamar. CÓRDOBA se desmontó de su caballo y desnudando la espada, le mató. "¡Soldados, les dijo gallardamente, yo no quiero medios para escapar, y sólo conservo mi espada para vencer! ¡Adelante, paso de vencedores!" Y no fué fanfarronada; porque cayó sobre dos batallones de la división "Villalóbos" y sobre ocho escuadrones, y los

arrolló en un momento. *Nada pudo resistir su carga.* Monet corrió con su division en ayuda de Villalóbos; pero CORDOBA *la desbarató también.* En breves instantes Monet estaba herido, varios jefes habian perecido y los soldados se dispersaban con pavor. Dos batallones quisieron formarse; pero CORDOBA *no les dió tiempo....*"

En pocos momentos, pues, la impetuosa carga de CORDOBA ha destrozado y puesto fuera de combate, la derecha, la izquierda y el centro del enemigo. De pronto, y mientras la caballería colombiana á órdenes del bravo llanero, Coronel Laurencio Silva, auxiliado por Lara y por Lamar, acaba de acuchillar al enemigo, que huía ya en todas direcciones, CORDOBA se apercibe de que el Virey al ver lo que pasaba, permanece atónito sobre la elevada cima del Condorcanqui con la retaguardia realista, intacta aún, fuerte de 2,000 hombres por lo ménos. A una nueva orden de CORDOBA, aquella misma division que le ha seguido en toda la batalla, diezmada ya por las balas enemigas, jadeando de fatiga, pero ebria más que nunca de entusiasmo, empieza la ascension de aquella falda, circunvalándola en todas direcciones, y en pocos minutos, los soldados que la componen, con su bizarro Jefe á la cabeza, desafiando imperturbable la metralla de los realistas, sin devolver un sólo tiro, coronan al fin aquella áspera cima. Laserna, al contemplar aquel arrojó sin ejemplo, no alcanza á balbucir la menor orden; y sus soldados, viéndose cortados en todas direcciones, se remolinan, se arraciman y rempujan, aturridos y confusos, en busca de alguna salida; pero en vano, el cerco de bayonetas que los rodea, los acosa y los persigue por doquiera, es insalvable.... La batalla ha terminado: todo el mundo se entrega á discrecion; y el mismo anciano Virey, abatido y cabizbajo, es conducido respetuosamente por CORDOBA en persona, á la presencia del General en Jefe.

Tal fué la célebre jornada, que al cabo de catorce años seguidos de pasmoso é incesante batallar, en una lucha cruenta y desastrada cual ninguna, puso fin á la dominacion peninsular en todo el vasto territorio de la América española. 4,000 colombianos, auxiliados por algunos centenares de peruanos, pusieron fuera de combate cerca de 10,000 veteranos españoles, de los mismos que tantos laureles acababan de cosechar en las formidables guerras napoleónicas. CORDOBA, el héroe de aquella espléndida batalla, fué proclamado General de division sobre el campo mismo, al dispararse el último tiro; proclamacion que fué acogida y saludada por una inmensa salva de vítores y aplausos, que el entusiasmo y la admiracion arrancaban á aquellas legiones inmortales de gloriosos veteranos de la Libertad. Acababa de cumplir 25 años, y la fama de su nombre colmaba ya el Continente americano, del uno al otro polo!

El célebre abate de Pradt, hablando sobre los resultados de aquella gran jornada, emite el siguiente juicio:

“La batalla de Ayacucho ha sido para la España y la América, lo que fueron para César y Octavio las de Farsalia y Accio contra Pompeyo y Marco Antonio: uno de aquellos combates *definitivos* que destruyen un poder y consolidan otro.”

Bolívar profiere el siguiente concepto, en una proclama dirigida á los peruanos :

“El Ejército Libertador ha terminado la guerra del Perú, y áun del Continente americano por la *más gloriosa* victoria de cuantas han obtenido las armas del Nuevo Mundo.”

Y para decirlo todo de una vez, el General Sucre, en la nota en que participa al Vicepresidente de Colombia la pacificación del Perú, resume en el siguiente párrafo, los resultados de aquella batalla.

“Por consecuencia de aquel triunfo (Ayacucho) se han humillado 25 Generales; 1,100 Jefes y oficiales y 18,000 soldados en el campo de batalla, y en las guarniciones; y redimido del poder de los tiranos un terreno de 400 leguas, y 2 millones de habitantes, que bendicen á Colombia por los bienes de la paz, de la libertad y de la victoria con que los ha favorecido !”

En la marcha de retroceso del Ejército Libertador hacia el Sur del Perú, despues de la batalla de Ayacucho, las poblaciones salian en masa, á la vera del camino, á saludar y contemplar alborozados á los hombres generosos que acababan de conquistarles una patria, á costa de tantos y tan grandes sacrificios. A su arribo á la ciudad de La Paz, en el alto Perú, se vió precisado á detenerse para recibir la entusiasta ovación que aquel pueblo le habia preparado de antemano. En medio de la plaza principal se alzaba un magnifico solio con tres asientos, á que fueron conducidos en los hombros de una delirante muchedumbre, Bolívar, Sucre y CÓRDOBA. Sentado el Libertador en medio de los dos últimos, una ninfa diputada por la Municipalidad, le ofendió una hermosísima guirnalda de laureles de oro, recamada de piedras preciosas, suplicándole, en un elocuente discurso, que aceptara ese pequeño testimonio del reconocimiento de un pueblo hacia el padre y salvador del Perú.

Bolívar, hondamente conmovido con aquella patética demostracion, despues de dar las gracias á aquel pueblo por tan espontánea ovación, toma la guirnalda en la mano, y ciñendo con ella las sienes del joven CÓRDOBA, concluye en estos términos:

“La corona que me ofrendais, no la merezco yo: ella pertenece de derecho al verdadero vencedor en Ayacucho.”

CÓRDOBA, arrancándose instintivamente la guirnalda, y encarándose con el Libertador, le dirige *ex abrupto*, esta magnánima y bien sentida frase:

“Si esta prenda, de tan gran valor moral, la cedeis, señor, al vencedor en Ayacucho, permitidme colocarla sobre la frente del Ge-

neral Sucre, á quien corresponde, como mi Jefe en aquella batalla; en la que no me cupo á mí otro mérito, que el de haber ejecutado fielmente sus órdenes."

A su turno el General Sucre, rehusando aceptar aquella alhaja, y devolviéndola al Libertador, le dijo así:

"Vos no podeis ceder esta guirnalda: la ciudad de La Paz honró con ella al Libertador de Colombia y del Perú que nos ha conducido de victoria en victoria, desde Guayana hasta el Potosí; ése sois vos."

Un torrente de lágrimas inunda las mejillas del Libertador, quien aparenta ceder por un momento ante aquella explosion de los más nobles y generosos sentimientos, arrojándose en los brazos de sus dos ilustres compañeros; pero incorporándose de nuevo, después de algunos segundos, recobrado un tanto ya de su primera emocion, insiste en colocar aquella guirnalda sobre la frente del *verdadero* vencedor en Ayacucho, quien hubo de resignarse al fin á admitirla, para poner término á la obstinada porfía del Libertador; pero al día siguiente la dirigió á la ilustre ciudad de Rio Negro, como un testimonio de cariño al lugar de su última residencia.

Que Bolívar y Sucre se hubiesen ostentado magnánimos y generosos en aquella lucha; ellos, hombres de edad provecta y de gran tacto social, se comprende; pero que un niño, si puede decirse así, como lo era CÓRDOBA, en presencia de aquellos dos ilustres personajes; cuyo corazon debia brotar vanidad por todos los poros, al ver su nombre en tan temprana edad, volando en las alas de la fama, les hubiera igualado en desprendimiento, es una cosa verdaderamente sorprendente.

En el alto Perú quedaba todavía sin someterse, una division de algo más de 2,000 españoles, á órdenes del General Olañeta, resto del grande ejército de Laserna. No habiendo querido aquel General aceptar la capitulacion de Ayacucho, fué preciso rendirle por la fuerza, lo que se consiguió en el combate de Tumusla, librado en 1.º de Abril de 1825, en que sucumbió Olañeta. De ahí para adelante la marcha del Ejército Libertador, cargado de laureles, fué una ovacion continuada, hasta el rio Desaguadero, último confin de aquel vasto territorio.

CÓRDOBA permaneció algun tiempo en el Perú, prestando siempre servicios eminentes á la causa de la Independencia, hasta la rendicion del Callao, último baluarte de la dominacion española en todo el continente, ocurrida el 23 de Enero de 1826.

VII.

A mediados de aquel año, CÓRDOBA, que aún residía en el Perú, en el apogeo de su gran carrera, vino á ser sorprendido impensadamente por una orden que recibió de la Alta Corte de Justicia de

Colombia, de presentarse dentro del término de la distancia, á responder de su conducta ante aquel Supremo Tribunal, por un homicidio que se le atribuía, ejecutado años atras en la persona de un subalterno del ejército republicano. Una primera ráfaga de ese cierzo penetrante del dolor, acababa de azotar aquella altiva frente: debajo de los laureles de La Paz asomaba ya el primer abrojo de la fúnebre corona del Santuario....!

Bolívar, en su condicion de Presidente de Colombia, en ejercicio de las facultades extraordinarias de que aún estaba investido, le ofreció una amplia amnistia por aquel hecho; y, tanto él como el General Sucre, le instaron vivamente para que la aceptara; pero inútil fué toda porfía á este respecto; porque CÓRDOBA, reputando desdorosa, y con razon, una gracia semejante, prefirió sincerar su reputacion de la fea mancha que le aparejaba semejante cargo, áun sujetándose á correr los azares de una tramitacion judicial. Y, así, sin atender á súplicas de ningun género, contestó á la Alta Corte, sin vacilacion, que marchaba en el acto mismo á someterse al juicio á que se le llamaba; y terminaba su nota con este significativo párrafo: “ Por una hora de resignacion no debo yo perder diez años de sacrificios y de glorias.” ¡ Hermosa frase, que pinta de un solo rasgo la gallardía de aquel levantado corazon!

Comparando Larrazábal la conducta de Páez con la de CÓRDOBA, en una ocasion semejante, se expresa en estos términos:

“ Por el mismo tiempo (y reclamo aquí la atencion de mis lectores, agrega el autor) la Alta Corte de Justicia mandó venir desde Bolivia al *vencedor en Ayacucho*, General JOSÉ MARÍA CÓRDOBA, para juzgarle por un homicidio que se le imputaba haber cometido en Popayan, ántes de su viaje al Perú. CÓRDOBA vino en el acto y sufrió el juicio legal; porque él no se creía superior á las autoridades y á los mandatos de la Ley; sostuvo en una discusion minuciosa, su inculpabilidad, y la Justicia quedó satisfecha con la absolucion pronunciada por el Tribunal Supremo.... ”

En un caso semejante, Páez, con más edad, pero nunca con más méritos que el héroe de Ayacucho, léjos de someterse al juicio á que le llamó el Senado de su patria, prefirió segregar á Venezuela de Colombia por sustraerse él mismo á la obediencia de las leyes; y con brazo parricida, asestó el primer golpe mortal en el seno de la gran República. Qué contraste!

Con alusion á este mismo pasaje, el señor Groot aprecia la conducta de CÓRDOBA y de Páez en los mismos ó semejantes términos que el historiador venezolano.

“ Páez (dice Groot) recibió las cartas del Libertador conducidas por el Coronel O'Leary, pero nada se adelantó con esto, pues no convino en obedecer al Gobierno, temiendo lo que le decia el doctor Peña, que si venia á Bogotá, Santander le haria fusilar como á

Infante. ¡Quién habia de pensar que la injusticia cometida con este hombre se habia de pagar tan caro! Es de creer que el General Páez, sin el influjo de un hombre como el doctor Peña, se habria sometido al juicio del Senado, como se sometió CÓRDOBA, General de tanto mérito, al que se abrió en la capital por atribuírsele la muerte de un hombre. CÓRDOBA, cargado de laureles y de honores en La Paz, apénas supo por un papel público de Bogotá, que se le atribuía aquel delito, escribió desde Cochabamba á un amigo suyo, de esta capital:

“Hoy mismo pido al Libertador, que está en Lima, me permita pasar á Colombia á someterme al juicio de un Consejo de Guerra. Esto me será á la vez la más grande satisfaccion de mi vida, por lo que respecta á mi delicadeza, á mi honor y á mi franca conducta militar. Además, recibo inmensa satisfaccion al ver que en mi país hay libertad; que los trabajos del ejército no han sido inútiles; que se juzga por la Ley sin consideracion á servicios, destinos, &c.”

A la vista de una tan sumisa y respetuosa resignacion á los mandatos de la Ley, como la que entraña la elocuente frase que acabamos de transcribir, concebida y realizada espontáneamente por aquel jóven, literalmente agobiado con el peso de los laureles, no obstante los ruegos del magistrado poderoso que le ofrecia sustraerle á los azares de un juicio militar, nos sentimos impotentes para estimar en su justo valor, rasgos de esta naturaleza, que Aristides y Epaminondas hubieran envidiado.

A propósito del mismo juicio del General CÓRDOBA, hemos visto publicada una anécdota, que no queremos omitir aquí; pues ella ofrece una prueba más del alma elevada y de la delicada oportunidad que caracterizaba ya el lenguaje de aquel ilustre General; á pesar de no hacer sino muy pocos meses que habia abandonado la inculta vida de nuestros campamentos de otro tiempo. Dicha anécdota, cuya autenticidad se nos ha garantizado además por personas fidedignas, en sustancia es como sigue:

Cuando se publicó la sentencia que absolvía al General CÓRDOBA del delito de homicidio, por el cual habia sido llamado á juicio, se supo que el voto del Ministro de la Alta Corte, doctor Félix de Restrepo, el L'Hôpital de la magistratura colombiana, como le denomina con toda propiedad el benemérito General Posada, habia sido adverso al del resto de los Jueces de aquel augusto Tribunal: su opinion habia sido lisa y llanamente por la muerte del General CÓRDOBA; no obstante ser éste su paisano y amigo muy querido.

Pocos dias despues de este acontecimiento, CÓRDOBA se encontró incidentalmente con el venerable magistrado que le habia condenado á morir como á un malhechor ordinario; y aparentando cierto aire de gravedad, que no le era habitual, le convidó, con cual-

quier pretexto, á dar un paseo por los afueras de la ciudad; el doctor Restrepo aceptó sin vacilacion el brazo de CÓRDOBA, quien le fué conduciendo insensiblemente hasta un paraje solitario, distante algunas cuabras de las últimas casas de la poblacion; en dicho paraje se sentaron y permanecieron departiendo sobre cosas indiferentes, hasta una hora bastante avanzada de la noche. Al fin, admirado CÓRDOBA de la noble entereza y de la majestuosa calma de aquel anciano septuagenario y enfermizo, le volvió á conducir, con la más respetuosa deferencia, hasta el umbral de su mansion, donde, apretándole la mano, dominado por el ascendiente irresistible de la virtud, que iluminaba aquel semblante inalterable, le dijo, al despedirse:

“Dios guarde al magistrado para la Ley.”

El Doctor Restrepo, devolviendo aquel apretón, con la mayor cordialidad, contestó con dulce acento:

“Dios conserve al héroe para la Patria.”

En Bogotá permaneció el General CÓRDOBA los años de 1827 y 1828, descansando de diez años de fatigas y de luchas; pero sin estarse de balde; pues presintiendo que por su brillante posicion en el ejército y sus servicios inestimables en favor de la causa nacional, estaba llamado á ocupar en breve los primeros puestos en el gobierno de su patria, se propuso cultivar su gran talento natural, y preparar su espíritu con sólidos conocimientos, para no burlar nunca la confianza con que le honraran sus conciudadanos: la Historia, la Estadística y las Matemáticas eran en aquella época sus estudios predilectos.

El 25 de Setiembre de 1828, ocurrió la memorable conspiracion contra la vida del Libertador: CÓRDOBA no tuvo en ella la menor participacion, como lo demuestran victoriosamente todos los historiadores de aquel suceso, y muy especialmente el señor General Posada, en sus Memorias Histórico-políticas; y, sin embargo, una simple é inevitable equivocacion suya en aquella noche fatal, vino á ejercer una influencia tal en el resto de su vida, que puede considerarse como la primera piedra de la temprana tumba en que debia eclipsarse en breve plazo, la más florida existencia de Colombia.

VIII.

Nos aproximamos ya al trágico desenlace de esta historia. En la fecha prenotada, una vasta conspiracion, á cuyo frente estaban algunos jefes del ejército y varios jóvenes, miembros de familias distinguidas de la capital, y que debia estallar el 28 de Octubre del mismo año contra la autoridad del Libertador, que se había declarado en ejercicio del poder supremo, con evidente violacion de la Ley fundamental de Cúcuta, abortó en la noche de aquel día (25 de Setiembre), porque los conjurados, creyéndose vendidos, en un

momento de desesperacion y de aturdimiento, acordaron imprudentemente dar un golpe de mano, no ya sólo contra la autoridad, sino contra la vida misma del General Bolívar, acusado con razon ó sin ella (pues este punto está aún en tela de juicio) de planes proditorios contra el régimen republicano. CÓRDOBA, por quien sentia Bolívar un afecto tan entrañable, que rayaba en paternal, y que á esta terrible fecha era considerado aún como el Efestion del nuevo Alejandro, no podía, por lo mismo, tener el menor conocimiento de aquella conspiracion; pues no era natural que sus autores fueran á confiar un secreto semejante á aquel á quien suponian el favorito del Dictador. Y para no dejar la menor duda sobre este punto, observemos su conducta en aquella noche memorable, referida por la pluma de un testigo tan competente como el señor General Posada, perfectamente orientado en aquel acontecimiento.

“El General CÓRDOBA, despertado por el cañonazo, salió de su casa un poco tarde, habiendo tenido que mandar traer sus caballos de la caballeriza donde se cuidaban: al dirigirse á la plaza se encontró con Carujo en retirada del Palacio, y unos ocho artilleros, separados ya en diferentes direcciones los jóvenes que le acompañaron. CÓRDOBA le hizo la misma pregunta que Féruson: “¿Qué hay, Carujo?” Y fué más afortunado ó quizá más desgraciado que aquel noble y caballeroso jóven inglés: Carujo le contestó que el batallon “Várgas” se habia insurreccionado contra el Libertador, y que él se replegaba, porque ya los insurrectos ocupaban la plaza. En el mismo momento una partida del “Várgas” apareció por una bocacalle y dió el grito de “¿Quién vive?” rompiendo el fuego contra la de Carujo en que CÓRDOBA *estaba incidentalmente*. CÓRDOBA contestó el fuego al grito de “Viva el Libertador!” que fué repetido por la partida de “Várgas”, suspendiéndose el tiroteo y uniéndose las dos partidas. Carujo desapareció; con lo que CÓRDOBA vino á conocer que habia sido *engañado*....”

“Por el incidente *casual* que dejo referido (continúa el General Posada) empezó á dudarse desde esa misma noche de la fidelidad del General CÓRDOBA; las sospechas fueron tomando incremento por la *malignidad* que las propagaba; y su consecuencia fué su desercion, de que hablaré en otra parte.”

Esta sencilla relacion de un testigo presencial de las altas dotes del General Posada, entraña la más espléndida justificacion de la conducta del General CÓRDOBA en aquella nefasta noche; y la posteridad, que así lo ha reconocido, le ha impartido la más cumplida absolucion. Sin embargo, los envidiosos del héroe de Pichincha y Ayacucho, á quienes aquella gran figura eclipsaba por completo, deseosos de reemplazarle en la gracia del Libertador, tomaron pié en aquella desgraciada pero inocente equivocacion, para empezar á minar sordamente su reputacion, apelando á todo lo más ruin y

mezquino que la envidia y la calumnia coadunadas, pueden inventar. Y lograron su objeto! porque desgraciadamente por una parte, el espíritu del General Bolívar, tan firme y tan elevado en otro tiempo, que no alcanzaba á conmoverle en lo más mínimo, el choque simultáneo de las más violentas pasiones desatadas en su contra, semejante al Océano, cuya gran mole permanece inalterable ante las más recias avenidas de los millares de ríos que se pierden en su vasta superficie, había decaído y bastardeado, despues de la conjuración de setiembre, hasta el punto de ver un puñal en toda enhiesta frente; y, por otra, el carácter de CÓRDOBA, tan altivo y sin doblez, que no le permitia descender á sincerarse, á cada instante suministraban á sus insidiosos y cobardes enemigos más de una oportunidad, para introducir mañosamente la espina de la desconfianza en el ya gastado y ulcerado corazon del coloso americano.

CÓRDOBA, dotado de un gran talento natural, es cierto; pero demasiado jóven aún, y sin la menor experiencia en las bajas artes de los palaciegos, y en la maquiavélica política de encrucijadas, en el momento del peligro se encontró inerte y desapercibido contra el deshecho temporal que la envidia empujaba en torno de él, y cayó....! Era preciso: debajo de toda eminencia hay un abismo; donde acaba la vía triunfal, empieza la calle de la amargura. La corona de espinas del Santuario, iba en breve á reemplazar los brillantes laureles de Pichincha y Ayacucho. Esa es la vida!

A fines de aquel mismo año (1828) el Libertador, que se preparaba á dirigir en persona el ejército que destinaba á auxiliar por la vía de Pasto, las fuerzas colombianas, que, á órdenes del General Sucre, hacian frente en el Ecuador á la desatentada invasion que habia verificado en aquella seccion de Colombia el Presidente del Perú, General Lamar; el Libertador, decimos, cuya desconfianza contra CÓRDOBA no habia llegado aún á su mayor grado de intensidad, le nombró Jefe de Estado Mayor de aquel ejército, y le ordenó adelantarse hasta Popayan, con una division de 1,500 hombres.

CÓRDOBA, á quien los acontecimientos posteriores al 25 de Setiembre, y, especialmente, la conducta de los hombres más influyentes que rodeaban á Bolívar, empezaban á inspirarle sospechas acerca del proyecto que á éste se atribuia generalmente en aquella época, de fundar una monarquía en Colombia, en el trayecto de Bogotá á Popayan, con la ruda franqueza que le era habitual, profirió algunos conceptos imprudentes, sin la circunspeccion y reserva que lo delicado del asunto demandaba.

Desgraciadamente para CÓRDOBA, entre los subalternos que le rodeaban habia uno, sobre todo, que alampándose por reemplazarle en el alto puesto que se le habia conferido en aquel ejército, y no teniendo, para realizar tan atrevida aspiracion, otros méritos que hacer valer, que los que le proporcionaba la más apasionada y ab-

yecta adulacion, no perdió ocasion tan oportuna de desplegar su habilidad; así es que frecuentemente escribia al Libertador, dándole cuenta de todo lo que CÓRDOBA decia contra él, y pintándosele con todo el colorido de que es capaz una paleta diestramente manejada por los zelos.

Tan asidua y solícita labor produjo al fin el deseado fruto: Bolívar, mordiéndolo del anzuelo, acabó por persuadirse de que CÓRDOBA conspiraba abiertamente contra su autoridad, y en un momento de arrebató y de impaciencia, lanzó un decreto de remocion contra él, y nombró para reemplazarle en el puesto que desempeñaba en el ejército, al entonces Coronel Tomas C. de Mosquera. El ultraje no podia ser más punzante: el eximio vencedor de Pichincha y Ayacucho, suplantado por el héroe de la Ladera! Oh humanidad! La raposa destronaba al leon; la gallinaza al águila altanera! Pero el triunfo de la intriga, de la alevosía y de la envidia no quedaba acabalado con el drama sangriento del Santuario; faltaba el *Escaño de Cartago*....!

IX.

Al llegar á la narracion de los últimos acontecimientos que precedieron al cruento desenlace de esta historia, como esta parte de la vida de nuestro héroe ha suministrado asa á algun historiador para atildar su procedimiento con desdorosos calificativos, nosotros que, aunque antioqueños, no presenciámos ninguno de tales acontecimientos, por haber venido al mundo años despues que ellos se cumplieron, hemos vacilado mucho ántes de fijarnos en la version que reuniera en nuestro sentir, mejores condiciones de veracidad, hasta que, despues de una grave y sesuda deliberacion, hemos concluido por adoptar la relacion que de tales sucesos nos han dado los señores General Posada y doctor Antonio Mendoza; ora porque la honorabilidad de sus precedentes y sus bien probadas aptitudes nada dejarán que desear á los más exigentes lectores, ora porque la circunstancia de ser contemporáneos de los hechos que relatan, y más aún, la de haber coincidido en los detalles más importantes, y en el juicio que ambos emiten sobre la conducta de CÓRDOBA, no obstante su opuesta filiacion en los dos grandes bandos políticos que dividen el país, le imprimen un sello de veracidad de tal fuerza á dicha relacion, que nos hacen juzgarla completamente á cubierto de los golpes de la más alambicada censura.

Y es tal el grado de confianza que nos inspiran las prendas de aquellos dos distinguidos ciudadanos, á la vez que inteligentes y conceptuosos escritores, que hemos creído que no podíamos hacer otra cosa mejor que trasladar de *verbo ad verbum*, sus respectivas relaciones en la parte concerniente á nuestro propósito, sin involucrarle ningun extraño concepto, á reserva de emitir únicamente al

concluir, las apreciaciones que demanda la naturaleza de la misión que hemos asumido. Dejemos hablar primero al señor General Posada:

“El batallón ‘Callao’, á órdenes del Coronel Florencio Jiménez, estaba en Popayan: este cuerpo enteramente adicto al Libertador, era para CÓRDOBA un obstáculo y una amenaza en aquella ciudad.

“En tal estado y tal incertidumbre llegó á Popayan, de tránsito para Santa Marta, el General Francisco Carmona, venezolano, hombre de arrebatado carácter, de pretensiones exageradas, que también venía del Cuartel general, resentido y vociferando contra el Libertador, contra el General Florez y contra el General Mosquera, por el proyecto de monarquía en que ninguno de ellos tenía parte, y asegurando que el ejército del Sur iba á hacer la proclamación; por cuyo motivo, decia, le habían separado á él. La acriminación es la primera arma que esgrime la venganza; y con ella se vengaba Carmona, exaltando al fogoso CÓRDOBA, por no haber obtenido en el ejército del Sur la posición que pretendía.

“A pesar de esto, vacilaba CÓRDOBA, y aún se proponía venir á Bogotá, como se lo aconsejaban su hermano y su cuñado, cuando, no se sabe cómo, se hizo á una carta del Libertador al Coronel Jiménez, en la que aquél recomendaba á éste que vigilara mucho á CÓRDOBA, oponiéndose vigorosamente á cualquiera intentona de dicho General, *hasta haciendo uso de su espada llegado un caso desesperado; pues según los avisos repetidos que de Popayan le daban, era indudable que CÓRDOBA conspiraba.*” Estó le decidió.

“Estaba entonces en Popayan el Coronel Ramon Espina, Jefe de Estado Mayor del Departamento, y teniendo una licencia para venir á Bogotá, se preparaba á verificar su viaje en aquellos días: aprovechando esta oportunidad, escribió CÓRDOBA, con dicho Jefe á sus amigos de esta ciudad, anunciándoles que seguía para Antioquia, adonde debían contestarle; y en efecto, se puso en marcha inmediatamente, gritando por todo el tránsito contra el proyecto de establecer una monarquía en Colombia, lo que le permitía pronunciarse contra el Consejo, contra el Libertador, contra los generales que suponía apoyaban el proyecto, dando por hecho que Mosquera y Espinar eran los principales agentes de Bolívar, y que por eso le habían separado á él y á Carmona del ejército.

“*Es indudable que CÓRDOBA impugnaba de buena fe el mencionado proyecto, como lo impugnaba yo (el General Posada) aunque sin entrar á calificarle, sino porque era inadaptable para Colombia; pero mucho más eficaz habria sido su oposicion en el Congreso, al que habia sido elegido Diputado, que una revolución prematura y desconcertada.*”

Permítasenos aquí un ligero paréntesis. En la primera edicion

de este boceto, que vió la luz en la hoja literaria denominada *Revista de Antioquia*, en la carta que por vía de prólogo, colocámos á su frente, dirigimos una excitación á todos los amigos y contemporáneos del héroe de Ayacucho, en que imploramos el auxilio de sus conocimientos en la materia, para que esta obra, que á ningun antioqueño podia ser indiferente, quedara, en la relacion de los hechos, tan completa como pudiera desearse. Pues bien: uno de los varios caballeros que se dignaron acatar esa excitación, fué nuestro ilustrado y venerable compatriota, el señor doctor Antonio Mendoza, quien con la más comedida atención, tuvo la condescendencia de prestarse á publicar una elegante narración de los hechos más importantes ocurridos en la vida del General CÓRDOBA, desde su arribo á Rio Negro, en Setiembre de 1829, hasta pocos dias ántes del Santuario.

Con perdon, pues, del señor General Posada, suspendemos aquí su relacion, para interpolar íntegra la del señor doctor Mendoza, por atender únicamente á la poderosa consideración de exhibirse con el intachable carácter de testigo presencial de los sucesos que connota, circunstancia que le da á su narración una importancia tal, que la hace preferible á cualquiera otra de mera referencia. Por lo demas, con excepción de una leve diferencia en un detalle de pura forma, las dos versiones se concuerdan admirablemente en lo *esencial* de los acontecimientos, como también en el modo de apreciar la conducta de nuestro protagonista. Oigamos, pues, al señor doctor Mendoza:

“El día 7 de Setiembre de 1829 tocó CÓRDOBA con su ayudante de campo, señor Francisco Giraldo, como á las siete y media de la noche en la ciudad de Rio Negro; era la víspera de la celebración de la fiesta de la Patrona. Habia un gentío inmenso á causa de los fuegos artificiales que á la sazón tenían lugar, diversion que siempre ha llamado grandemente la atención del pueblo antioqueño. En aquella misma hora circuló la noticia, noticia que se esparció con la celeridad eléctrica, de que el General iba á hacer una revolucion.

“Amaneció el día 8 y la ciudad estaba triste y desierta por haberse retirado los fiesteros temerosos de algun trastorno político; sin embargo, nada de notable ocurrió en ese día. Por la noche se celebró en la casa del señor Don Pedro Sáenz (español de nacimiento) el enlace matrimonial de una de sus hijas con el señor Doctor Jorge Gutiérrez de Lara. El General CÓRDOBA fué uno de los convidados á aquella función, á la que concurrió mostrándose contento y satisfecho. En el ambigú se observó el mayor orden y circunspección; pues las señoras y caballeros, casi todos miembros de la familia Montoya, conocian perfectamente su rango y practicaban las maneras urbanas estiladas en la buena sociedad; por consiguiente no hubo algazara, bullicio, ni ruidosas manifestaciones.

Tuvo lugar un solo brindis alusivo á la monarquía y miras políticas que se atribuían entónces al Libertador; los demás se contrajeron á desear dias de paz y bonanza á los recién casados. Es de suponerse que un grito de guerra no estaria en consonancia con una fiesta como aquélla, en que los votos y deseos de todos los presentes se adunaban para que la interesante pareja disfrutara de un porvenir risueño y placentero.

“El dia 9 el General convocó para una reunion en su casa á los señores Juan de Dios Aranzazu, Capitan José M.^a Botero Villégas, Capitan José Ignacio Bernal, Teniente Pioquinto Gómez, Subteniente Andres Alzate, y al que esto escribe.

“CÓRDOBA, poniéndose de pié, cuando todos estuvimos presentes, manifestó estas ó semejantes ideas: ‘Que todos los sacrificios hechos y toda la sangre derramada para consolidar la República eran estériles, puesto que ya se trataba de plantear la monarquía, y que el General Bolívar habia usurpado todos los poderes públicos declarándose Dictador; que él habia regresado á su país natal decidido á poner término á esos desmanes, y un dique al torrente devastador; que para Antioquia estaba reservada la gloria de hacer resistencia á tamañas iniquidades; y que él se pondría al frente del pronunciamiento.’ Concluyó excitándonos á exponer nuestras ideas sobre el particular con absoluta franqueza.

“El que esto escribe tomó la palabra y dijo, ‘que abundaba en los mismos sentimientos que habia expresado el General, y que si no tendríamos rey con corona, tendríamos un Presidente con Senado vitalicio; que era preciso luchar, y luchar sin tregua en favor de la República.’ Pero agregué en seguida: ‘General, usted goza de un prestigio grande, inmenso en el ejército; los enemigos le temen por lo mismo, y en el acto que usted se pronuncie contra la Dictadura le lanzarán tropas de Bogotá, las que existen en la Costa y las que se hallan en el Sur; de suerte que usted, rodeado por todas partes, no tendrá tiempo para organizar un solo batallon. La lucha, pues, será funesta á los republicanos, y usted, debelado, entregará esta Provincia, donde el nombre de Bolívar es querido y respetado, á los azares de una guerra fratricida. Opino porque esperemos un poco más, ó mejor dicho porque aguardemos qué efecto produce en la Nacion el proyecto de Dictadura; entónces obraremos en connivencia con otras provincias y con seguridades de mejor éxito.’

“Tocó su turno al señor Juan de Dios Aranzazu, quien con ese lenguaje poético y con esa fraseología armoniosa que le eran peculiares, explanó mis argumentos dándoles mayor realce, y concluyó diciendo: ‘Pero, General, usted que está nombrado Representante al Congreso ¿por qué no va allá y en plena Cámara pinta la situacion de la República, invoca sus grandes servicios á la Patria, mues-

tra las heridas de la Nación tan grandes y tan profundas á la vez, y hace presente á todos el abismo en que vamos á precipitarnos? De esa manera los verdes laureles de Ayacucho brillarán en su frente con el fulgor de la más espléndida y majestuosa aureola. No vacile usted, General, escuche mis consejos patrióticos y desinteresados.'

"Agradó á CÓRDOBA el discurso de Aranzazu, y dirigiéndose á los militares dijo: 'Y ustedes, caballeros, qué opinan?'

"El Capitan José Ignacio Bernal, contestó: 'Usted sabe, General, el afecto que le profesamos y el caso que hacemos de sus órdenes; pero el lenguaje de estos señores es el de la verdad.'

"El General CÓRDOBA con semblante risueño, exclamó: 'Desisto, pues, por ahora de la guerra; voy á Santa Rosa, á Antioquia y otros pueblos á sondar la opinion y conferenciar con las personas influentes, y á mi regreso tendremos otra reunion.' Disuelta la asamblea, salió CÓRDOBA afuera, se encontró con el señor Giraldo su ayudante, y le dijo: 'Ya no hay nada; váyase usted á ver su señora madre.'

"Como el anterior, este día trascurrió en silencio; pero á la média noche oí el ruido de generala tocada por el tambor Antonio Alvarez, y justamente alarmado abrí el porton de casa y me encontré con un hombre á caballo que tenia en la mano una espada desenvainada. Quién es usted? pregunté.

"—Soy Salvador Córdoba, contestó el Coronel; no tenga cuidado; el motivo de la generala es el de hallarse una partida de gente en la puerta de *golpe* (los afueras del lugar), procedente de Medellín, y que viene á aprehender á mi hermano. Vístase y váyase donde el General. Hice esto y me dirigí á la habitacion del héroe de Ayacucho; hallé las puertas abiertas y penetré hasta la pieza de CÓRDOBA, quien estaba colérico y terrible como un leon herido. Sobre una mesa se ostentaba la espada vencedora del Cid colombiano que desenvainada lanzaba rayos y resplandecia como bruñida plata; dos pistolas de caballeria estaban á los lados de ella. En el momento que me vió dió un paso hácia mí y levantando la voz que vibraba fuertemente, arrogante y colérico exclamó: 'Sabrá usted que vienen á amarrarme; amarrar á JOSÉ MARÍA CÓRDOBA como si fuera un malhechor vulgar!---- Ah! primero me matarán; primero despedazarán este cuerpo; pero no me ultrajarán impunemente, vive Dios!----' Aquel rostro encendido por la indignacion estaba terrible y hermoso. Oh! cómo debió brillar en medio de las balas en el campo de Ayacucho, cuando inventando la más patética voz de mando que escucharan los hombres, cargaba sobre las fallanges españolas despedazándolas como un ariete poderoso rompe y tritura el frágil muro!

"Tomé un asiento cerca á la mesa y esperamos en silencioso

recogimiento hasta que llegó la noticia de haber contramarchado la tropa. Esta efectuó su regreso á Medellín asustada con los aprestos bélicos, y creyendo había un ejército en Rio Negro.

“Fué al amanecer del siguiente dia cuando CÓRDOBA empezó á tomar providencias para ocupar la capital de la Provincia. Hizo llamar á un platero de nombre Pio Garces, de origen caucano, hombre moreno, alto, robusto y de carácter altanero. Cuando vino, el General le dirigió la palabra en estos términos:

“Necesito dos mil balas para hoy á las cinco.

“—Imposible, mi General; dos mil balas no se hacen en un momento y yo apenas tengo un balerito pequeño.

“CÓRDOBA arrugó el ceño, circunstancia que denotaba en él un furor reconcentrado; luégo fijando la mirada en el platero, y observándole con intencion, le dijo con marcada ironía:

“Está bien. Hágame usted cuatro balas solamente.

“El pobre hombre comprendió perfectamente el sentido de la frase, y temiendo por su vida, murmuró más muerto que vivo:

“Voy á poner mano á la obra, General.

“Inútil es añadir que cumplió lo ofrecido: en vez de dos mil balas hizo cuatro mil!

“CÓRDOBA reunió una veintena de escopetas viejas, y con cuarenta hombres mal armados se dirigió sobre Medellín, ocupando la capital inmediatamente sin resistencia alguna, cuando habia allí una fuerza respetable á órdenes del Coronel Urdaneta. Su solo nombre valia por un numeroso ejército.

“Hé aquí la historia fiel de lo ocurrido. Lo que aconteció despues hasta el drama del Santuario no me toca á mí referirlo, sin embargo de haber asistido á aquella terrible funcion de armas.

“Habiendo desistido CÓRDOBA de hacer la revolucion, lo comprometieron á ello ciertos enredos fraguados por personas de mal corazon. Si en vez de dar oídos á tales especies las autoridades de Medellín hubieran enviado donde el General una comision de pacíficos y respetables ciudadanos, el héroe no se habria exasperado, su amor propio no se habria irritado, y el país contara hoy con un prócer más y una revolucion ménos.

“Este es el secreto de muchas de nuestras revueltas: la poca destreza de los gobernantes y su poca maña para ahorrar el vilipendio á ciertos caracteres enérgicos y viriles, han cubierto la Patria de ruinas y sembrado de cadáveres el suelo colombiano!

“Que la posteridad no lo olvide!”

Hasta aquí el doctor Mendoza. El señor General Posada concluye en estos términos:

“El 26 (Setiembre) llegó á esta capital la noticia circunstanciada de dichos sucesos, enviada de Nare por el Coronel Urdaneta, é inmediatamente, el Consejo y el General Urdaneta (Rafael) toma-

ron las medidas más eficaces para que 800 hombres de la guarnición veterana, que estaban disponibles, salieran para Honda al siguiente día, con el General de brigada Daniel F. O'Leary que fué nombrado para mandar la expedición. El Consejo tomó, además, cuantas medidas eran conducentes, para impedir que la revolución se propagase, y, en efecto, no pasó de Antioquia, bien que tampoco en aquella Provincia fué secundada por los pueblos, á pesar de la actividad y energía que CÓRDOBA desplegaba para conseguirlo. Dos oficiales, se dijo, que proyectaban una contrarrevolución, apoderándose de un cuartel de reclutas, y los fusiló CÓRDOBA en el acto, sin fórmula de juicio, sin embargo de las súplicas de su cuñado Jaramillo, de su hermano Salvador y de otros ciudadanos respetables.....

“Al llegar la columna expedicionaria á la bodega de Remolino, se habria encontrado en dificultades insuperables para moverse, sin el auxilio eficaz que le prestaron algunos pueblos, enviando peones cargueros, que sacaron de la fragosa montaña, municiones, equipajes, &.”

“El General O'Leary hizo adelantarse al Coronel Montoya, dirigiendo á CÓRDOBA las más generosas proposiciones y ofrecimientos, si se sometia por un arreglo pacífico, cuando era imposible que pudiera resistir con ménos de 400 reclutas á 800 veteranos. Montoya, me consta (dice el General Posada) que se esforzó en persuadir á su amigo y antiguo Jefe; y, además, excitaba á los parientes que tenia en la columna de CÓRDOBA, principalmente á su primo hermano, el Comandante Benedicto González, á que le ayudaran á persuadir al General. Todo fué inútil: los jóvenes compañeros de CÓRDOBA se negaron á ningun acto propio, aceptando lo que su jefe hiciera, decididos á correr su suerte; CÓRDOBA, triste, pero heroicamente resuelto, contestaba, que despues del paso á que le habian precipitado, no le quedaba más recurso que vencer ó morir. ‘Es imposible vencer’, le dijo Montoya, ‘Pero no es imposible morir’, contestó CÓRDOBA. Y esperó el ataque en la hacienda del Santuario, situada fuera de la montaña, y CÓRDOBA sucumbió....”

Ahora con perdon una vez más del señor General Posada, vamos nosotros á dar la última pincelada á ese lúgubre cuadro, acompañada de las apreciaciones que demanda la naturaleza del asunto que nos viene sirviendo de tema.

“CÓRDOBA sucumbió”, concluye el General Posada, hablando del éxito del combate del Santuario. Sí; debia sucumbir: anonada por el golpe inesperado de una súbita remoción; reemplazado por el oscuro arlequín que venia minando su reputación, hacia algun tiempo; afrentado, sin merecerlo, á la vista de todo un ejército, que habia conducido á la victoria tantas veces; espantado, aturdido por lo indigno y alevoso de aquella orden dada por Bolívar á

un pobre bausan como Jimenez ; por Bolívar, su ídolo, su genio tutelar, que le debía una gran parte de sus laureles ; ¿ cómo no había de sucumbir aquel mancebo audaz y esforzado cual ninguno, es verdad, en presencia de un adversario franco y sin embozo ; pero inexperto é insipiente para contrarestar esa guerra encubierta y solapada que la intriga dirigia diestramente por detras de bastidores ? Así es que, bramando de indignacion al saber la última y no esperada deslealtad del General Bolívar ; sediento de venganza por la magnitud de semejante ultraje, aquel corazon invicto, que había desafiado en otro tiempo la fiereza de los leones de Castilla, áun sobre las más altas cimas de los Andes, se sintió desfallecer al penetrar en un palenque, donde la franqueza y la hidalguía no podian medirse en campo abierto con la hipocresía y la falacia.

Desatendido por hombres como el General Páez ; desairado hasta por sus más fieles amigos, como los Coroneles Obando y Lopez, en sus conatos de una revolucion general contra el Dictador ; desatentado y furioso, se puso en marcha para la Provincia de su nacimiento, rugiendo de despecho, como un leon acosado por una nube de insectos. Y, sin embargo, por un prodigio verdaderamente inexplicable, pasado el primer ímpetu de aquel torrente desbordado, despues del baile á que alude el doctor Mendoza, sus hermanos y algunos de sus amigos, que no aceptaban el pensamiento de una revolucion contra Bolívar, en vísperas, como se estaba, de la reunion del Congreso Constituyente de 1830, lograron calmar el primer arrebato de aquella alma volcánica y enferma ; y ya abrigan fundadas ilusiones de que hubiera abandonado su proyecto primitivo, cuando, al dia siguiente, le ocurrió al Coronel Urdaneta la quijotesca tontería de mandarle aprehender con un piquete de tropa, para remitirle á Bogotá á disposicion del Presidente del Consejo de Ministros, General Urdaneta, enemigo personal de CÓRDOBA.

Al saber éste semejante resolucion, ya no hubo poder humano que lograra contenerle ; la afrentosa perspectiva de los cadáveres de Padilla y de Guerra, suspendidos en una horca como reos de conspiracion, le compelió á coger á la aventura los primeros serranos que pudo haber á la mano, para abalanzarse con ellos contra cualquier ejército que le mandasen ; pues en el estado de exaltacion y de delirio á que había llegado, sólo una idea le preocupaba, y era la de morir en un campo de batalla, que era su elemento. Así es que, si como fueron 1,000 veteranos los que enviaron á sojuzgarle, hubieran sido todas las legiones de Jérges, habría marchado solo á combatirlos. Su última sublime contestacion á su amigo el Coronel Montoya, deja comprender bien á las claras, que no era vencer ya á lo que aspiraba : lo melancólico y sombrío de aquel semblante, tan despejado y tan sereno en otro tiempo ; la impaciencia y el mal humor que le dominaban á toda hora ; la acrimonia de su lenguaje,

lo agreste de sus maneras; todo anunciaba en él una resolución in-contrastable á todas luces.

La batalla se libró el 17 de Octubre en el paraje que ocupa actualmente la Aldea del Santuario. Al encontrarse inopinadamente con un enemigo acostumbrado á vencer bajo sus órdenes, con una fuerza numérica dos veces superior á la suya, con la experiencia y la disciplina de veinte años de campañas, y en una posición por todos aspectos ventajosa, CÓRDOBA, ardiendo en deseos de poner un término cualquiera á aquella violenta é insoportable situación, sin articular siquiera una palabra para despertar el entusiasmo en el pecho de aquellos infelices serranos, irreflexivo é imprudente, se lanzó á tontas y á locas, contra aquella falange de viejos y aguerridos veteranos; y, sin embargo de tales desventajas, tres horas estuvo indeciso aquel combate desigual. CÓRDOBA, en materia de valor, estuvo como siempre á la altura de su nombre; y el genio de la guerra iluminó con sus últimos resplandores aquella frente, acostumbrada sólo á ceñir los laureles de la victoria, hasta el momento mismo de hundirse en el abismo de la eternidad.

Al cabo de tres horas, CÓRDOBA, que habia sido herido mortalmente desde el comienzo de la refriega, volteó á ver á su alrededor, y sólo él quedaba en pié, en medio de aquel campo recorrido y asolado por la muerte; un cuarto de hora más, y su cadáver, como el del célebre Scanderbeg, erguido sobre el caballo, habria continuado animando con su presencia, á los pocos que sobrevivían aún. Al fin, sintiéndose desfallecer, extenuado por la pérdida de la sangre, se desmontó maquinalmente y penetró en la primera casucha que encontró á la mano, en medio del mismo campo de batalla, donde yacían espirantes algunos de sus valientes compañeros, y se sentó sobre una caja de madera. A pocos instantes entró allí también un bárbaro irlandés, oficial del ejército de O'Leary, RUPERTO HAND, cuyo nombre debe consignar la Historia, para eterno baldon y vilipendio de aquel bandido, el Longinos, de esa lúgubre escena, y descargó dos sablazos sobre la frente del ilustre moribundo.

X.

Así sucumbió en agraz, en un descampado tugurio de su Provincia natal, al frisar en los 30 años de su edad, el heroico é infortunado jóven, que tantas páginas gloriosas acababa de legar en breve tiempo, á la historia de su patria, en particular, y á la de la América española, en general. La belleza varonil de sus facciones, su marcial y gallardo continente, la noble altivez de su carácter, su índole generosa y desprendida, los oportunos é inesperados arranques de su ardiente imaginación en presencia de los mayores peligros, aparte de su bravura incomparable y de sus grandes prendas militares, hubieran podido hacer de aquel mancebo uno de los más

cumplidos y donosos paladines de la romántica éra de las Cortes de Amor y de los Trovadores. Si hubiera vivido en los tiempos de Troya, el divino Homero no habria tenido que ocurrir á su fecunda y pintoresca imaginacion para inventar el tipo de Aquiles; y en la época de las Cruzadas, ni Tancredo, ni Corazon de Leon le habrian dejado atras en valor ni en aventuras caballerescas.

Y ello, sin necesidad de apelar á vagas reminiscencias de lejanas edades, y concretándonos meramente á nuestras guerras de emancipacion, que fueron las que tocó atravesar á nuestro héroe, es lo cierto que su espada fulgurante, en el corto lapso de 10 años trazó un sulco luminoso de tal intensidad y magnitud, que no ha sido aventajado hasta la fecha, si se exceptúa á Bolívar solamente, por ninguna otra de las más culminantes figuras militares de todo el Continente. Al emitir este concepto, ningun mezquino pensamiento dirige nuestra pluma; y por si álguien le atildase de aventurado, queremos presentarle someramente la prueba de nuestro aserto.

Tomemos unas pocas de las figuras más resaltantes en ese gran cuadro de las guerras de la emancipacion americana, y compáremos: Páez y Piar, Rivas y Bermudez, Arismendi y Urdaneta, por ejemplo. Desde luego creemos que no tenemos necesidad de anticipar que no pretendemos demostrar que CÓRDOBA superara en valor á esos titanes irresistibles del Orinoco y del Apure. Empero, por portentosas que hayan sido las hazañas de esos varones de altísimo renombre, al fin será preciso convenir con nosotros en que la línea que recorrieron no salvó los lindes del territorio venezolano, si se exceptúa á Urdaneta, que luchó con mal suceso unas pocas leguas aquende el Táchira; mientras que el horizonte alumbrado por las glorias del héroe de Ayacucho, comprende mucho más de média América, puesto que arranca de las bocas del Orinoco y va á terminar en el Potosí, en una extension de 1,300 leguas por lo ménos.

Sin contar el Palo y el Santuario, los dos extremos de esa zona esplendorosa, veamos al vuelo sus más salientes puntos: Arichuna, Achaguas, el Yagual, La Puerta, Ortiz, Calabozo, el Sombrero y el Rincon de los Toros, dan un claro testimonio de sus eminentes servicios en favor de la emancipacion de Venezuela; Paya, Bonza, Gámeza, Pantano de Várgas, Boyacá, Chorros Blancos, Majagual, Tenerife, Barranca, Cartagena, Guaitara, Taindala, Yacuanquer, Pasto, Cebóllas y Veinticuatro, recuerdan sus hazañas en la antigua Nueva Granada, que le debe la independendia de la mitad de su territorio, por lo ménos; Pichincha dejó libre el Ecuador de un solo golpe; y, finalmente, Ayacucho rescató el alto y bajo Perú, y puso el sello á la emancipacion de todo el Continente.

Cadete á los 15 años; Coronel, condecorado con la cruz de Boyacá, Jefe de operaciones con facultades discrecionales en un vasto

territorio ocupado aún por los realistas; libertador de Antioquia y del bajo Magdalena, á los 20; General de brigada á los 22; y finalmente, General de division de Colombia, Perú y Bolivia, á los 25; ¿cuándo volverá á consignar la Historia un prodigio semejante?

Jamás la derrota deslustró sus claros hechos; pues, por el contrario, desde que tuvo siquiera un batallón bajo sus órdenes, la victoria, desde Paya hasta Ayacucho, radicó definitivamente en las filas de los republicanos. Como el Bayardo de los franceses, pudo él también exclamar: "Jamás el enemigo me conoció la espalda"; pues en el Santuario mismo, al sucumbir, bajo la pesadumbre de las falanges veteranas de Colombia, acribado de heridas, exangüe y moribundo, cayó de frente, sin articular una queja, sin lanzar un gemido, en actitud de empuñar la espada, como en Pultava el heroico Carlos XII.

Se nos replicará acaso que la figura de CÓRDOBA no puede resistir el parangón con el libertador de Chile y Buenos Aires, el General San Martín. No pretendemos desconocer los relevantes méritos de este ilustre prócer de la libertad americana; pero desde el punto de vista meramente militar, que es el en que hemos situado esta polémica, Maipo y Chacabuco, las dos únicas hazañas que sus biógrafos le asignan, le colocan á mucha distancia del afamado guerrero colombiano.

¿Pero Sucre, el gran Sucre, el ilustre caudillo que mandaba las huestes republicanas en Pichincha y Ayacucho, no habrá alcanzado un renombre militar mucho más alto que el de CÓRDOBA, que fué simplemente su *subalterno* en aquellas homéricas jornadas? Tampoco; empero antes de explicar este aparente contrasentido, permítansenos descubrirnos reverentes ante la figura inmaculada del más simpático de los próceres de la América española: su nobilísimo carácter nunca desmentido, sus eminentes y desinteresados servicios como soldado, como legislador y magistrado, le marcan su puesto en la Historia, al lado de los Aristides y de los Washington; pero sus laureles militares se eclipsan en presencia de los del verdadero vencedor en Ayacucho. Aclaremos este enigma, previas algunas reflexiones.

En América, la Táctica militar y la Estrategia, son artes casi desconocidas; la mayor parte de nuestros generales, si no todos, son, ó jóvenes exaltados y entusiastas, proclamados como tales, al finalizar una fogosa peroración, por alguna *Democrática* ó algun tumulto popular; ó inocentes campesinos, á quienes una hazaña impensada, en el curso de algunos de nuestros frecuentes turbiones revolucionarios, levanta inopinadamente á aquel puesto. Y, tanto por eso, como porque lo quebrado y risco de nuestro suelo; lo tupido é inexplorado de nuestras selvas, y más que todo, nuestra carencia casi absoluta de vías de comunicacion, no permite cono-

cer los movimientos del enemigo, ni observar sus operaciones; toda combinacion ó evolucion de acuerdo con el arte, viene á ser ineficaz, y á las veces peligrosa. Entre nosotros, cualquier gañan, por rudo é ignorante que sea, con un poco de malicia y mucho atrevimiento, puede resultar un magnífico General; puesto que el éxito de una batalla cualquiera no depende casi siempre sino de una buena posicion, de una carga oportuna y vigorosa, ó de una sorpresa.

Que en Europa, y aun en los Estados Unidos, hoy dia, un General situado sobre la cúspide de una colina, que domine un horizonte bien despejado, de 20 á 30 leguas; lejos del peligro, con un mapa y un compas en la mano, pueda ganar una batalla, movilizandole á discrecion como un diestro jugador de ajedrez, fuerzas perfectamente disciplinadas y automáticas, se comprende; pero en América el Jefe que no cargue á la cabeza del ejército, ó que no tenga en su defecto, buenos subalternos que le reemplacen oportunamente en esta especie de maniobras, es hombre perdido. Esto explica satisfactoriamente por qué distinguidos estratégicos que, como Morillo, Laserna y Canterac, habian militado con lucimiento en las últimas guerras de la Península, fueron aquí frecuentemente víctimas del arrojo y de la temeridad de nuestros improvisados é incultos generales. Y es tal nuestra conviccion á este respecto, que no habria la menor exageracion al asentar que cualquiera de los grandes maestros del arte, inclusive Napoleon y Condé mismos, que hubiera venido á mandar en persona las huestes españolas, en nuestras guerras de independencia, dificilmente habria salido bien librado de una carga de Infante ó del Negro Primero.

Ahora permítansenos concluir, aplicando esta doctrina á nuestros dos ilustres competidores. El General Sucre, en el sentir de la mayor parte de sus conmlitones, fuera del campo de batalla, era un Jefe de prendas eminentes, especialmente, como ya lo hemos dicho, para la direccion general de una campaña, y para organizar y movilizar un ejército; pero en el momento mismo del combate, era muy inferior á CÓRDOBA, por todos conceptos; y no porque careciera de valor, sino porque su misma respetabilidad, unida á un continente frio y un tanto reservado, le retraian de sus soldados, quienes al romperse los fuegos, ya no volvian á ver ni á oír sino era á CÓRDOBA. En efecto, la belica apostura de aquel gallardo jóven, lo inflamado de su acento, el fuego irresistible de sus miradas, electrizaban al soldado en grado tal, que, seguro del triunfo, siguiendo su penacho, se lanzaba á la muerte enajenado.

En Pichincha, el ejército republicano, á pesar de ocupar una posicion inaccesible, sobre la cima de aquel volcan, casi fué sorprendido por Aimerich, y se replegaba ya en desorden hácia la parte opuesta, cuando CÓRDOBA, apercebido del peligro, en medio de la confusion, toma á la aventura dos compañías del batallon

“Magdalena”, contiene el ímpetu de los vencedores, rehace el combate, y en ménos de média hora, todo ha terminado á impulsos de aquella carga formidable. ¿Quién fué, pues, allí el verdadero vencedor?

En Ayacucho, Sucre ni siquiera tuvo el mérito de haber escogido una buena posicion; no se olvide que compelido por una órden ineludible del Libertador, hubo de librar la batalla en el ventajósimo paraje que ocupaban los españoles á la sazón en que tal órden llegaba á manos de aquél. ¿Cuál fué la actitud del General en Jefe en aquella célebre batalla? El eco de la Historia sólo nos ha transmitido la órden dada á CÓRDOBA, unas dos horas después de empeñada, de auxiliar el centro de los independientes, comandado por Lamar, cuando habia empezado ya á *ceder*; fuera de esto, y de comprometer *torpemente* la reserva desde un principio, segun afirma el historiador Restrepo, no volvió á ejercer otra función que la de firmar la capitulación del ejército realista, cuando CÓRDOBA, al presentarle á Laserna prisionero, le anunció que todo estaba ya concluido. Aquella gran victoria, como ya lo dejamos asentado, se resume íntegramente en el famoso grito de “*Paso de vencedores!*” dado por CÓRDOBA al ejecutar su primera y decisiva carga; después de ese grito, de eterna resonancia, la derecha, el centro, la izquierda y la reserva del ejército realista, arrambladas, desbandadas, destrozadas por los pocos batallones de la falange abrumadora de CÓRDOBA, se entregaron á discreción.

¿Quién fué, pues, el verdadero vencedor en aquella gran jornada? El juez más competente entre aquellos dos renombrados campeones, el gran Bolívar, contestó á esta pregunta, hace ya más de média centuria, al colocar sin vacilación, sobre las sienes del invicto CÓRDOBA, en presencia del mismo General Sucre, la guirnalda destinada por la Municipalidad de La Paz para el triunfador en Ayacucho. Y la posteridad, que ha empezado ya para ambos héroes, ha sancionado con universal asentimiento, el inapelable veredicto de aquel augusto juez. ¿Quién se atreverá en lo sucesivo, á atildar un fallo semejante?

Y, sin embargo, nuestro modo de pensar acerca de este punto, tiene impugnadores de tanto peso como el señor Thiers y el señor General Posada: el primero de estos escritores, que, al describir en su Historia del Consulado y del Imperio, la célebre batalla de Marengo, deja comprender al lector, sin el menor asomo de duda, que el éxito de ella se debió principalmente al General Desaix, dado que á las tres de la tarde, hora en que éste intervino, con facultades discrecionales, ya el Primer Cónsul estaba completamente derrotado, acaba por asentar en sus últimas apreciaciones, que, á pesar de todo, el verdadero vencedor fué Bonaparte; sin más fundamento que el que éste habia organizado el ejército frances y dirigido hábilmente la campaña como Jefe Supremo de la guerra.

Y el señor General Posada, adoptando una opinion semejante á ésta, afirma tambien que el verdadero vencedor en Ayacucho fué el General Sucre, toda vez que él fué el primero que, advirtiendo dónde estaba el peligro, con el carácter de General en Jefe, dió la órden á CÓRDOBA de cargar al enemigo y desalojarle de sus formidables posiciones; ó, en otros términos, y como quien no dice nada, que *ganara la batalla simplemente*. Oh! qué prevision tan prodigiosa!

Empero, con el respeto que nos merecen tan eminentes escritores, y, muy especialmente el señor General Posada, acreedor por otra parte, á nuestra más profunda gratitud, por haber sido el primer historiador que se ha propuesto vindicar la memoria de nuestro ilustre conterráneo, nosotros no podemos aceptar sin modificaciones, la opinion que ellos sustentan en absoluto.

En buena hora que los franceses, para quienes Napoleon, su ídolo, resume exclusivamente todas las glorias de su tiempo, quieran arrebatarle á Desaix un laurel que tan justamente le corresponde; esto poco nos importa, y al fin y al cabo, es un principio generalmente admitido en las monarquías, que todas las grandes acciones de los súbditos, se reflejan en la persona del Monarca; pero que nosotros, los hijos de la República, donde cada ciudadano es padre exclusivo de sus obras, tratemos de imitar principio tan depresivo de la dignidad humana, es cosa que no nos explicamos.

Y replicando directamente al señor General Posada, si una simple órden dada á un subalterno por el Jefe de un ejército, desde lejos, y sin el menor peligro, bastara para que se cumpliera *siempre* en los términos *precisos* en que aquél lo deseaba, ¿qué batalla podría perderse alguna vez? ¿Cuál sería el General en Jefe de una fuerza, por imbécil que se le suponga, que ántes de romperse los fuegos no les ordenara á sus oficiales que obtuvieran la victoria á todo trance? Pero habria de suceder entónces que como los dos Jefes de las fuerzas contendoras darian *siempre* una órden semejante, todo combate se volveria tablas necesariamente. Tal es la consecuencia singular que se deriva sin esfuerzo de la extraña doctrina de los señores Thiers y Posada.

Ya querriamos saber cuál habria sido el éxito de las batallas de Pichincha y Ayacucho, si trocados los papeles, le hubiera tocado á Sucre ejecutar la *simple* órden de desalojar al enemigo de todas sus posiciones.

Y, finalmente, si el éxito de las batallas dependiera siempre de meras órdenes dadas desde lejos, sobre todo aquí en América, tampoco habria sido Sucre el vencedor en Ayacucho, sino Bolívar; pues no debe perderse de vista que la víspera de la batalla recibió aquél la órden que éste le dirigió desde Lima, de que *batiera al enemigo donde le encontrara*. Pero, ay! que del decir al ejecutar es gran-

de la distancia, según asienta un proloquio que todo el mundo repite diariamente.

XI.

A fuer de narradores imparciales de hechos conexcionados íntimamente con la Historia americana, no nos es lícito hacerla disimulada respecto de algunos lunares que deslustran en parte la clara reputacion del protagonista de este pálido boceto.

En efecto, la muerte dada por él á algunos españoles en Rio Negro, simplemente reputados sospechosos, y á algunos de los prisioneros que tomó en sus excursiones por el bajo Cauca y el bajo Magdalena; la que le dió á un subalterno del ejército republicano en Popayan, en un momento de arrebató; y la misma pena impuesta á los oficiales Velez y Herrera en 1829, sin fórmula de juicio, por una tentativa de conspiracion contra su autoridad, son faltas que el tribunal inexorable de la Historia no puede remitirle; si bien es cierto que habrá de tener en cuenta, para atemperar algun tanto el rigor de su fallo, su excesiva juventud, y la severidad del Decreto de guerra á muerte expedido por Bolívar, en represalia de los inauditos atentados cometidos por los realistas desde el comienzo de la lucha, decreto que CÓRDOBA tenia el deber de ejecutar; esto por lo que respecta á sus dos primeras faltas; y por lo tocante á la última, atenúa su procedimiento el estado de febril enajenacion en que se encontraba su espíritu en los últimos dias que precedieron al combate del Santuario.

Por otra parte, su intolerancia en materia de disciplina, su genial altivez y la aspereza de su carácter, que se resentia con frecuencia de resabios adquiridos en la vida de los campamentos, le hacian cometer excesos y faltas de atencion y civilidad, que lo delicado de nuestra mision no nos permite dejar de atildarle.

Tampoco nos parece completamente excusable su procedimiento, como autor principal de la revolucion de 1829, contra el Gobierno de *facto* del General Bolívar; pues si bien es cierto concurren graves indicios, que inclinan á juzgar, á sobre haz, que su primer móvil fué un pensamiento patriótico, digno de un espíritu altivo y generoso como el suyo; puesto que su conato no era otro que el de restablecer el régimen constitucional, según se colige de las cartas que por ese tiempo escribió al mismo Dictador y al General Paez; la circunstancia de haber ocurrido, pocos dias ántes de esa atrabancada revolucion, el sangriento ultraje que tan imprudentemente le irrogó el General Bolívar, imprime en los ánimos más desprevenidos cierta duda mortificante, acerca del verdadero origen de ese movimiento, bastante por lo ménos, para que la Historia suspenda su juicio sobre un punto de tanta gravedad, sin atreverse á impartir á su autor una cabal absolucion.

A este respecto, nuestra opinion se concuerda, sin la más leve diferencia, con la de los sesudos y respetables historiadores, señores Posada y Mendoza, quienes, con pleno conocimiento de la conducta de CÓRDOBA en aquella emergencia, despues de cerca de medio siglo de haberse cumplido aquellos acontecimientos, y desaparecido de la escena sus principales protagonistas, no han visto en dicha revolucion sino un deplorable atolondramiento de un jóven inexperto, y susceptible en sumo grado, exasperado por graves imprudencias y torcidos procederes de personajes de distintas categorías, en aquella época; imprudencias y procederes que, por desgracia, afectan en parte, el claro nombre del mismo General Bolívar.

Hemos visto en algun escrito, cuyo autor no recordamos, (y lo sentimos por la originalidad de la especie) pronunciada la palabra *traicion*, alusiva al procedimiento de CÓRDOBA en aquella revolucion. Quien tal osó llamarle así con torpe lengua, ó la Historia de Colombia desconoce, ó con aviesa y solapada intencion, aparentó denigrar á aquél, para herir por antifrasis al Padre de la Patria. ¿Conque *traidor* CÓRDOBA? y, á quién traicionaba? ¿seria, por ventura, al General Bolívar? Pero ¿quién ignora entre nosotros que este hombre ilustre, mal amonestado por un Consejo de Ministros, que en hora menguada (tal vez de buena fe) pretendió empujarle por la senda resbalosa de la monarquía, habia trocado ya, desde 1828, el baston de Presidente constitucional, por la vara ominosa de la Dictadura? ¿Existirá álguien en esta tierra redimida por Bolívar, que no haya leido alguna vez, con ánimo angustiado y pesaroso, el célebre Decreto de 27 de Agosto de aquel año, único lunar irreparable, que amancilla la memoria del grande hombre?

Con vista de tales antecedentes, se nos permitirá insistir en la pregunta: ¿Quién fué, pues, el verdadero traidor en aquella época de recuerdo infausto? ¿seria el magistrado que arrancando de su sagrado pedestal, sin motivo alguno justificable, el glorioso pendon de la legalidad tremolado en Cúcuta, tras enormes quebrantos é incontables sacrificios, le arrastra por el fétido légamo de la Dictadura; ó el jóven denodado que, desafiando solo la omnipotencia del coloso americano, le grita en su presencia *vade retro!* y se ofrenda en holocausto por los males de la Patria, cual otro Marco Curcio? Que la sombra de Bolívar nos perdone, si exigencias ineludibles, adherentes á la mision del historiador, nos han compelido, en acatamiento de la Justicia, á arrojar rápidamente una mirada, con el alma agobiada por el pesar, sobre esa página de su vida, á que pasaríamos una esponja si pudiéramos, aún á costa de nuestra propia sangre! Tanta es la fuerza del reconocimiento que nos liga con los manes venerandos del magnánimo varon que, á costa de imponderables sacrificios, nos donó Patria y Libertad.

Tal vez se pretenderá sostener con el señor Groot, que un ple-

biscito pronunciado á unanimidad por los pueblos de Colombia, había aclamado aquella Dictadura, é imprésóle el sello de la legitimidad, y que, por lo mismo, todo colombiano estaba obligado á acatar y sostener esa *forma* de Gobierno. Pero ¿ignorah, por ventura, el señor Groot, y los que con él opinen, qué cosa es un plebiscito entre nosotros, impuesto por el hombre á los hombres que ejercen el poder, á muchedumbres estúpidas, que tiemblan todavía y se prosternan sumisas ante la ruda insignia de un gendarme? Entre mil ejemplos que pudieran aducirse, frescas están aún todas las indignidades que los dos Bonapartes, tio y sobrino, le hicieron sancionar á la Francia, por medio del sistema *plebiscital*. ¿Cómo es posible suponer que haya olvidado tan pronto el señor Groot la historia del *célebre* Rosas, quien en todo el largo período de su férrea Dictadura, año por año, acostumbraba interrogar la *voluntad* del pueblo sobre la continuacion de su Gobierno, y siempre una unánime y universal afirmacion le compelia, contra su *inclinacion*, á seguir labrando la *dicha* de sus súbditos, sólo por acatar los mandatos del pueblo *soberano*?

Pero, sin ir tan lejos, ¿no ha presenciado el señor Groot la inmensa facilidad con que los últimos Presidentes de la moderna Colombia han conseguido hacerse dar un sucesor en el poder, por medio de ese manoseado sistema de los plebiscitos, que tan sencillamente se consiguen con sólo encargar su ejecucion á algunos batallones de la Guardia colombiana? El nombre del oscuro ciudadano que rige hoy los destinos de la Nación, casi no era conocido, fuera del pueblo de su residencia, sino por algunos centenares de empleados en el manejo de la Hacienda pública, hasta el dia en que fué oficialmente proclamado candidato á la Presidencia por su *cauto* antecesor; y sin embargo de que el pueblo tuvo que aprender á deletrear su nombre en los últimos comicios, no pudo ser más *espontáneo* el plebiscito acordado á su favor, á juzgar por los escrutinios practicados por agentes de la Guardia pretoriana.

Se dirá por último que Bolívar no era un Bonaparte, no era un Rosas, no era un ---- oh! eso, por bien sabido se calla; pues la sola reunion de semejantes nombres en una misma línea, implica una blasfemia imperdonable, en que no pretendemos incurrir. Pero, ¿quién nos garantiza que los agentes de Bolívar, interesados en la continuacion de un Gobierno militar irresponsable, hubieran obrado con el mismo decoro y delicadeza que su Jefe? No se olvide que entre los agentes eleccionarios de esa época, figuraban nombres de quienes la comun felicidad nada bueno podia prometerse, tales como el del señor Leocadio Guzman, y los de los entónces Coroneles Florez, Urdaneta (Luis), Castelli, Alzuru, Briceño (Justo), Jimenez, Mosquera, y muchos otros anatematizados ya por las maldiciones de la Historia.

Empero, ya que el señor Groot no pudo plantarle de frente á CÓRDOBA el epíteto de *traidor*, si le aplicó el de *ingrato* á boca llena, sin el menor escrúpulo. Veamos si este cargo le ahorma mejor que ese otro. *Ingratitud*, significa, segun el Diccionario de la lengua, “olvido ó desprecio de los favores recibidos”. ¿A qué especie de favores aludirá aquí el señor Groot? Será, por ventura, á los ascensos militares que el Libertador le confirió como Jefe Supremo de la guerra? Creemos que no; puesto que si tuviéramos autoridad para interrogar al señor Groot, sobre si ha llegado á sus oídos que haya existido en tiempo alguno, otro soldado que hubiera opotado sus grados militares con una hoja más condensada de altísimos merecimientos que la suya, evidentemente, por más que le repugnara, nos contestaria que no. ¿Consistirían acaso esos favores en el afecto con que siempre le distinguió entre todos los militares de su tiempo, hasta la conjuracion de Setiembre? Seguramente; pero aquí nos ocurre una grave cuestion de Filosofía moral, materia en que creemos muy actuado al señor Groot; y que, por lo mismo, nos atrevemos á someter lealmente á la decision de un criterio tan exigente y tan recto como el suyo.

¿Opina el respetable escritor á quien nos dirigimos, que un individuo cualquiera, por el solo hecho de haber recibido favores de otro, está moralmente obligado á coadyuvarle en todo cuanto emprenda, aún cuando sea en la ejecucion de un delito? O, en otros términos, concretando el punto á los dos personajes á que venimos aludiendo: ¿*Debia* CÓRDOBA apoyar la Dictadura de Bolívar, en recompensa del afecto con que éste le distinguia, estando de por medio el solemne juramento de obediencia que ambos habian prestado al Pacto fundamental de Cúcuta, vigente á la sazón, toda vez que no habia sido abrogado en los términos prescritos por los mismos que le habian sancionado, con la legítima autorizacion del soberano? Muy hábil justador nos parece el señor Groot en lizas de Historia de Moral y Religion; pero si no canta de plano la injusticia del cargo de *ingratitude* que le hace á CÓRDOBA, no comprendemos cómo pueda salir á flote de un barranco tan profundo como éste, cuyo asidero no alcanzamos á vislumbrar.

XII.

Después de cuarenta años de silencio, el Congreso nacional, por ley de 27 de Junio de 1870, se resolvió al fin á purgar en parte su culpable indiferencia, disponiendo la ereccion de un sencillo monumento, para resguardar las insepultas cenizas del guerrero excelso, á quien su patria debe libertad, gloria y honor. El Cuerpo legislativo, partiendo de la errada conviccion de que Rio Negro era el lugar del nacimiento del General CÓRDOBA, dispuso que se erigiera

allí el monumento prenotado. Concepcion, la modesta é ignorada aldea, que tiene realmente la gloria de haberle visto nacer en su seno, no pretende disputarle á Rio Negro semejante honor.

Rio Negro, la ciudad clásica de Antioquia, cuyo ambiente entrecerado con el recuerdo de las brillantes páginas que tiene escritas con la sangre de sus hijos en el *Legendario americano*, hace que el viajero se descubra con respeto al visitarla; el pueblo ilustre que le sirvió de cuna al gran Mejía, á Gutierrez, á Montoya, á Gonzalez, á Botero, á Escovar, á Palacio, á Jaramillo... que dió hospitalidad durante muchos años, á la ilustre familia de los CÓRDOBAS; que presencié los trabajos de Cálidas, de Corral y los Restrepos, durante la época de su más poderosa actividad en favor de la causa santa de la emancipacion americana; que posee la simbólica guirnalda de La Paz, donada graciosamente por el gran soldado de Ayacucho, tiene todavía, á pesar de su actual estado de decadencia, títulos suficientes para custodiar el monumento que la gratitud nacional acaba de confiar á su lealtad; y no dudamos por lo mismo, que sabrá colocarse á la altura de tan delicada como honorífica distincion.

Concepcion, reivindicado como deja plenamente su título de patria del egregio colombiano; para descartar la nota de ingratitud que le pudiera caber, á pesar de lo exiguo de sus recursos, acaba de erigirle tambien una columna en el centro de la plaza de la cabecera del distrito, con una sencilla inscripcion en una lápida, que conmemora la fecha y el lugar de su nacimiento; y ha dispuesto, además, la publicacion de la presente Biografia, para colmar las lagunas que se advierten en la sinóptica relacion que con el mismo nombre, ha dado á luz el señor José María Baraya, y rectificar algunos conceptos demasiado severos, estampados por el respetable señor José Manuel Groot en su notable *Historia eclesiástica y civil de la Nueva Granada*, referentes á la conducta del General CÓRDOBA en su revolucion de 1829, contra la Dictadura del General Bolívar. Si ese objeto no se ha logrado cumplidamente, no se culpe á la Municipalidad de aquel pueblo, que ha hecho cuanto estaba de su parte por llenar con lealtad su cometido: la responsabilidad pesa toda entera sobre el desmañado escritor que ha aceptado una carga muy superior á su reducida inteligencia.

Santo Domingo, Diciembre de 1875.

DOCUMENTOS.

MANIFIESTO

que el General Córdoba presenta á los colombianos para informarlos de los motivos y objeto de su pronunciamiento.

Al presentaros esta rápida ojeada sobre los acontecimientos y la infortunada suerte de mi cara patria, quiero que la Nueva Granada, Venezuela, Colombia toda y el mundo entero se persuadan de mis sentimientos, y que si en mil combates expuse gustoso mi vida, no fué sino por la Libertad, por una Constitucion que abrió las puertas á la felicidad, y en la que las leyes y no los hombres mandaran. Desgraciadamente ha desaparecido esta perspectiva encantadora, y un hombre, un hombre solo, profanando el santuario de las leyes; ultrajando los derechos del hombre y del ciudadano; abusando de la confianza de los pueblos, y despedazando los sagrados pactos, se ha elevado al absolutismo por una escala, de la que he apartado la vista con horror.

Vuelvo al suelo que me vió nacer para manifestar á mis caros compatriotas los procedimientos del General Bolívar; que todas sus miras son de ceñirse la diadema y rodearse de algunos millones de esclavos; que es preciso oponernos; luchar contra el torreute y volar al combate para salvar la Patria.

Empecemos por los hechos. El triunfo de Ayacucho que asegura la libertad á toda la América del Sur, lisonjea las miras del Presidente: él cree que Colombia, Bolivia y el Perú son de su pertenencia, y que la suerte le ha asegurado este bello patrimonio. Resuelve encadenarlas, y cambiando la guirnalda nacional por la corona de los reyes, delira con el Imperio, y da la Constitucion de Bolivia. Aquí rasgó el velo que le tenia oculto; se erige Presidente vitalicio, destierra hasta la Religion de la tierra, la deja en el cielo, y segun su sistema, él será el sol que dará calor y vida al Nuevo Mundo. Llega á la capital del Perú, disuelve el Congreso, y recibe por medio de la intriga, el mismo título, las mismas facultades extraordinarias. Guzman en esta época viene en comision al Istmo y Cartagena, y realiza los planes que nadie ignora; con poderes absolutos y oficiales, toca tambien en Guayaquil, Maracaibo y Venezuela, y llena su comision de un modo que no dejó duda. El Presidente vuelve á Colombia, y cuando los pueblos se hallaban en la mayor desesperacion, cuando por todas partes bamboleaba la Libertad, las esperanzas renacen de repente; la Gran Convencion se reúne en Ocaña; mil hombres virtuosos fueron resueltos á hacer el Código de la felicidad. Estos dignos representantes de la Nacion, deponen las pasiones y se visten de un heroico patriotismo. Sólo se trata de restablecer el orden, de crear un gobierno sólido y depositar en manos de los ciudadanos el libro santo de las leyes. Todos nos engañámos: el General se presenta en Bucaramanga, amenaza con su presencia, mueve al

gunos cuerpos de tropa, pone un sitio disimulado; pero nada de esto intimida. Algunos serviles luchan con el partido liberal, pero menores en número y luces, se desertan, y fué el único medio para disolver la representacion, y frustrar de un modo indecoroso los más bellos proyectos. El General Bolívar viendo que sus ideas se han desvanecido, á fuerza de entusiasmo y resolucion, medita aterrar con las bayonetas, compromete á las Municipalidades á hacer actas proclamándolo Dictador, y luégo las destruye.

Colombianos: ésta ha sido la conducta de aquel hombre de prestigio, que por tanto tiempo nos ha fascinado. ¿No es razonable que sacudamos este yugo ignominioso, que combatamos por la gloria tantas veces mancillada? ¿No es justo que detengamos los progresos del absolutismo, y que, consultando á nuestro propio honor y á nuestros intereses, formemos una barrera al torrente de desgracias, que hoy nos amenazan? Ya yo desenvainé la espada, y no volverá á su lugar hasta que no vea reconquistada la Libertad. Todo seguirá una marcha uniforme: la Administracion de la Hacienda y sus empleados, serán los mismos; no trato de reformas, sólo soy un soldado que os conducirá á la victoria: Tenerife, Pichincha y Ayacucho, testigos son de mi fanatismo por la Libertad. La representacion nacional que los pueblos convocarán libremente y no por maniobras y ardides, hará el Código que os ofrezca garantías; y entre tanto sigo el hilo de mi discurso. La conspiracion del Coronel Obando se hubiera difundido con rapidez, y como un golpe eléctrico se hubiera experimentado por todas partes. Cuatro hombres, sólo cuatro, dieron el grito cuyo eco resonó felizmente. Sus filas engrosaron, y pusieron en fuga á quinientos ilusos que militaban bajo las órdenes del Comandante del Cauca. En Pasto habria destrozado la division que el Presidente y yo conduciamos; pero es preciso confesarlo, le escribí persuadiéndolo á que desistiera, temiendo una invasion del Perú, ó que presentásemos un nuevo triunfo á los españoles; facilité así que pasase á Quito. Guayaquil estaba entónces inundado por las lluvias; los peruanos se habian apoderado de la marina; no habia una canoa para llevar las tropas de la Bodega; más adelante manda al General Florez que ataque esta plaza, se le dan razones para disuadirlo de una empresa tan temeraria; pero él insiste, y el ejército, como el de Napoleon en Rusia, es víctima de la estacion; se ha sacrificado casi en la totalidad, quedando reducidos cuerpos de seiscientos hombres á ménos de ciento. En tan triste situacion, qué sucedió? Que el Libertador de Colombia, Perú y Bolivia, se presentó á tratar con un Comandante desconocido, y últimamente capitula con el General Gammarra, quien le prometió entrar en Guayaquil; pero llevando consigo todos los buques y armas que el Jefe Illingrot habia depositado en el de la escuadra peruana, hasta que el triunfo decidiera á quién debian pertenecer. Así es que hemos perdido el honor de las armas por los tratados de Piura!! Mas, espero que el mundo se acordara de Ayacucho, y que en el campo de batalla nadie nos habia resistido. Los bravos de Colombia han dejado pisar sus banderas, miéntras que el Presidente sigue en sus maquinaciones, y no ha tenido rubor en decir: "No hay fe en América, las constituciones son libros, los tratados papeles y la vida

un tormento." ¡Y quién si no él ha roto la Constitucion, violado los pactos, despreciado los tratados, preparándonos el tormento? No nos cansemos, amigos; es preciso vencer ó morir. ¡Oh Patria mial los destinos te abren una carrera inmensa de gloria; síguela y justifica la admiracion que te tributa el mundo! Que vengan los representantes del Sur, que se formen actas, que el ejército... pero no, mis compañeros de armas no pueden cometer un parricidio: los que me han seguido en las batallas, no se atreverán á manchar su honor; los que han partido conmigo del triunfo, jamás, jamás cambiarán el honroso título de libertadores por el de asesinos. Antes bien, jefes y soldados alistados bajo los estandartes de la libertad, bien sabeis que sé vencer, y que no os perderé sino en bosques de laureles.

Venezolanos, granadinos, habitantes del Ecuador, á todos vosotros os convido, todos sois colombianos; rompamos las cadenas, perdamos nuestras vidas, renunciemos por unos momentos á los placeres que la sociedad nos brinda, no perdamos los sacrificios de diez y nueve años; una causa santa nos reúne; un solo sentimiento nos debe animar: conquistar el poder para ponerlo bajo la salvaguardia de las leyes. Yo cuento con vuestros esfuerzos: si me abandonais, seré víctima del honor, de mi deber, de mis sentimientos; marcharé al cadalso con la impavidez con que mil veces me he presentado al enemigo; moriré sí, pero la historia dirá que "el General Córdoba ha hecho el sacrificio de su vida, ántes que faltar á sus juramentos, ántes que faltar á sus promesas y ántes que ser el instrumento de la esclavitud!!"

Medellin, Septiembre 16 de 1829.

El General JOSÉ MARÍA CÓRDOBA.

CARTA DEL GENERAL CORDOBA

AL GENERAL PAEZ.

Excmo. Señor General en Jefe, José A. Paez.

Medellin, Septiembre 18, 1829.

SEÑOR.

Los juramentos reiterados con que el General Bolivar ha prometido tantas veces sostener y respetar la libertad de Colombia; las opiniones liberales que manifestaba en sus escritos; la veneracion que en otro tiempo parecia tener por los derechos del pueblo, y el estar yo persuadido de que el título glorioso de Libertador de su patria es más estimable que todas las coronas del universo, y de que no habria un hom-

bre tan insensato que quisiera renunciar á él por dominar á sus hermanos, me habian persuadido que no era posible que el General Bolívar despreciando el honor y la gloria, aspirase á tiranizar su patria. Yo veia el alarma de los hombres libres, que ocupados en examinar su conducta habian penetrado sus miradas ambiciosas, como los delirios de un excesivo celo, y creia hallar en los escritos públicos que ponian en claro sus proyectos criminales, ó los desahogos de la envidia, ó la expresion del temor de genios asustadizos que se formaban fantasmas para espantarse ellos propios. Al ver sus hechos contrarios á la Constitucion y las leyes, me figuraba que él obraba arrastrado de la fuerza de las circunstancias, ó que su razon se desviaba momentáneamente, sin que su corazon tuviese parte alguna en estos descarrios: y esperaba que hechos posteriores borrarían estas manchas que eclipsaban su reputacion; que sensible al honor, él volveria sobre sus pasos, y avergonzado de haber abandonado la senda de su deber, corregiria sus extravíos, y con su arrepentimiento ganaria de nuevo la estimacion y el afecto de los pueblos; mas, en vano he esperado largo tiempo. Y cuando al fin, meditando detenidamente sobre sus procedimientos, y comparando los hechos, he penetrado sus miras, mi razon se indigna al aspecto de los escandalosos atentados que forman la serie de su conducta en estos últimos años. Y viendo ya claramente, Exemo. Señor, que lejos de buscar el camino de la enmienda, se quita, sin pudor, la máscara para dejar ver sus nefandas pretensiones, mi patriotismo se inflama contra este General, que con vanos juramentos, ha tenido engañada su patria, y que tiene el descaro de ofrecerle, en premio de sus sacrificios, un yugo ignominioso.

Yo examino y comparo las promesas y los hechos del General Bolívar, y sólo hallo inconsecuencias y contradicciones. Si V. E. duda de esta verdad, recorra la serie de sus acciones y quedará enteramente convencido. V. E. le ha visto en el Perú proclamar la libertad, hablar de garantías y derechos; mientras, por medios siniestros, disuelve el Congreso, que legalmente se iba á reunir, y valiéndose de las intrigas, del temor y las amenazas, los obliga á recibir esa Constitucion odiosa, que el pueblo detestaba; y con sus perfidias, él provoca el enojo y el odio de la Nacion peruana, que saliendo de la abyeccion en que la habia dejado, animada de venganza, nos proporciona una guerra fratricida, más perniciosa por sus consecuencias en el porvenir, que por los males que nos ha causado, que no son de poca consideracion. A su vuelta del Perú, cuando las instituciones fundamentales regian en toda la República, él obra en todas partes con el más completo absolutismo, sin respetar leyes, ni Constitucion. En vano claman entónces los escritores públicos para contenerle, él sigue la marcha comenzada, y resuelto á dominar la patria, sólo oye su ambicion. Se convoca una Convencion que constituya la República, y V. E. sabe cuál ha sido su proceder con respecto á esta Corporacion: contando con tropas en Cartagena, Mompox y Bogotá, y estableciendo su cuartel general en Bucaramanga, le pone un sitio disimulado; le hace insultar por medio de atrevidas y amenazantes representaciones: dirige allí sus agentes, y mueve todos los resortes de la intriga; mas, como á pesar de esto, los

representantes, fieles á sus juramentos, obran conforme á los intereses del pueblo, y desvían las sugerencias de la ambicion, él hace disolver esta Asamblea por medio de cuatro hombres vendidos á su poder. Despues de este acto, nada respeta, ni su propio honor. Se hace declarar árbitro de la República; y no se avergüenza de ofrecer á Colombia un decreto que él llama Constitucion, en que para insultar los principios, se declara legislador, poder ejecutivo y juez en último recurso. Pero ¿quién creyera que este decreto, que habria dejado satisfecho al despota más descarado, no contentase la ambicion del General Bolívar? Y por una inconsecuencia de las que tantas veces han empañado su reputacion, él lo deroga, pareciéndole que restringia demasiado su poder. Es necesario, Señor Excmo., haber olvidado que hemos jurado ser libres, que hemos prodigado nuestra sangre en el campo del honor por libertar al pueblo de la arbitrariedad, para poder mirar con impavidez la patria reducida al triste estado de no tener otra ley que la voluntad y el capricho de un hombre solo.

No quiero molestar á V. E. con la relacion de esta cadena de atentados, que forman la conducta política del General Bolívar. Yo he tenido la desgracia de presenciar una gran parte de ellos y V. E. no ignora los más escandalosos.

Estimulado por los sentimientos liberales, que jamás se han apartado de mi corazon; cansado de esperar á que el General Bolívar, movido por el clamor unánime de los pueblos, y sensible á la gloria de que su ambicion le ha privado, renunciara sus proyectos criminales y restituyera á Colombia la libertad que le ha usurpado; y desengañado al fin, por sus últimas acciones, que en nada piensa, ménos que en restablecer la libertad, y que todas sus miras se encaminan á cimentar la tiranía, yo he cedido á los gritos de mis compatriotas y á las instigaciones de mi corazon; he levantado en esta provincia el estandarte de la libertad, y todo el pueblo se decide con entusiasmo por tan justa causa; de todas partes corren los hombres libres á incorporarse con nosotros, y todos protestamos morir mil veces, ántes que sufrir la tiranía. Sí, Excmo Señor, tal es nuestra resolucion; y no hay cosa que pueda hacernos desistir de ella. La decision y ardor que en todas partes se manifiesta por la libertad, me persuaden que de un extremo al otro de la República se valdrán los pueblos de esta ocasion para dejar ver su odio contra la tiranía, y sacudir el yugo que los oprime.

Yo estimo á V. E. sobre mi corazon para hacerle la injusticia de creer, por un solo instante, que preste su apoyo ó su aquiescencia para que el General Bolívar tiranice la República. Sí, señor, todos estamos persuadidos que la espada que fué y es el terror y el exterminio de los enemigos de la independencia y libertad de Colombia, lo será tambien de cualquier tirano doméstico que intente esclavizarla. Pues, qué tiene V. E. qué temer ni qué esperar del General Bolívar? ¿De qué le es V. E. deudor? Acaso será de su heroismo, de sus hazañas ó de sus sacrificios? V. E. se sostuvo en los Llanos sin necesidad de este General, á despecho del poder español entonces formidable; y nadie duda de que V. E. solo, sin ayuda de este General, habria reconquistado la libertad de Venezuela, como tan gloriosamente despues la ha sostenido: y ¿po-

drémos creer que el General Bolívar, sin la espada del General Paez, hubiera exterminado el ejército español? De ninguna manera. ¿Y porque el General Bolívar haya sido electo Presidente de la República, y porque, abusando de la confianza de los pueblos, haya destrozado las instituciones de su patria, vendria uno de los más ilustres héroes de la América á doblar humildemente su cerviz á las plantas de este orgulloso General que se pretende entronizar? Nó, Señor Excmo: no hay quién tenga la insensatez de creerlo. Por la persuasion íntima en que estoy, de que V. E. será uno de los más firmes y seguros apoyos de la libertad de Colombia, me dirijo á V. E. para invitarle á que en esta ocasion, que la Nueva Granada proclama la libertad, bajo la Constitución de Cúcuta, llame V. E. tambien los pueblos de Venezuela. Yo aseguro que de un extremo á otro de la República, todos los pueblos responderán á esta voz. Pues ¿quién temeria al pretendido monarca, viendo la Nueva Granada con las armas en la mano, para defender su libertad, y al General Paez á la cabeza de los bravos de Venezuela ofrecerle un apoyo?

No es posible que V. E. dude de las intenciones del General Bolívar. Acaban de venir á mis manos las bases á que el futuro Congreso constituyente debe sujetarse para redactar la Constitución, y que se van á publicar. Segun ellas tendrian un Presidente vitalicio, con facultad de nombrar sucesor, mandar el ejército y nombrar todos los empleados civiles y militares, incluso el Vicepresidente y los Secretarios del despacho, que le serian responsables, y cuyas atribuciones les señalaria el mismo: gozaria tambien del veto absoluto, y tendria un Senado vitalicio hereditario, cuyos miembros nombraria. La representación nacional estaria reducida á uno por cada cincuenta mil almas, y debería recibir del Presidente los proyectos de ley que habria de discutir. Las atribuciones y modo de proceder de todos los tribunales tocaria igualmente al Presidente el designárselas. V. E. conocerá claramente, que este Presidente es más que un monarca, cuyo nombre se cambia cautelosamente, pensando alucinar á los pueblos con formas republicanas, aunque, en vano, pues aún los más imbéciles deben conocer que no queda al ciudadano alguna garantia, cuando hay un magistrado que dispone de la legislatura, de la administración de justicia y de la fuerza armada.

Y no siendo posible que V. E. quiera tener por recompensa de su heroismo, de sus sacrificios, de sus triunfos, el título degradante de *vasallo* de un monarca, todos confiamos que V. E., desconociendo al gobierno arbitrario del General Bolívar, se ponga á la cabeza de los hombres libres de estos departamentos; que establezca conmigo relaciones, y poniéndonos de acuerdo, destruyámonos para siempre el despotismo. UNÁMONOS Y LA LIBERTAD TRIUNFARÁ SIN REMEDIO.

No es tiempo ya, Señor Excmo., de dudar de la esclavitud de Colombia: es criminal ya la demora en resistir á las pretensiones tiránicas del General Bolívar. Él se apresura á deshacerse de cuantos se oponen á sus miras. Unos perecen en los cadalsos y bañan con su sangre la tierra que habian libertado; otros, proscritos, son arrojados de su patria, á quien habian prodigado su sangre y sus servicios. El pa-

triotismo y el mérito son ya delitos. Y no espere V. E. que él deje en la República hombre capaz de levantar el grito contra su tiranía.

El no tiene aún bastante fuerza para sacrificarlos de un golpe; pero dividido, él se vale de los unos para deshacerse de los otros.

Yo acabo mi carta, suplicando á V. E. que oiga el clamor de los pueblos que imploran nuestra protección, y que poniéndose de acuerdo conmigo, les prestemos nuestro brazo para sacudir las cadenas de la esclavitud; que V. E. deseché de su lado esos hombres que el General Bolívar ha comprado para tenerle siempre rodeado; porque, conociendo el corazón de V. E., teme á cada instante que, puesto á la cabeza de los republicanos de Venezuela, dé en tierra con su tiranía. Profundice V. E. en el pecho de todos los ciudadanos honrados, y verá que todos abrigán en su corazón los sentimientos que he manifestado á V. E.

Dígnese V. E. aceptar los sentimientos de estimación y afecto con que tengo el honor de ser de V. E. muy atento y obediente servidor;

JOSÉ M.^a CÓRDOBA.

RELACION

de la visita eclesiástica de la Diócesis de Medellín, hecha por el Ilustrísimo y Reverendísimo señor Obispo, Doctor José J. Isaza, en el año de 1874.

El día 26 de Agosto, á las cuatro de la tarde, salió de Guatapé el Ilustrísimo señor Obispo con dirección á Concepcion

Antes de entrar en la relacion de la visita del Prelado, hablaré sobre el origen de esta parroquia. Este pueblo, como otros muchos de nuestro Estado, fué su origen un caserío que se hizo para explotar las minas, y de esta manera se explica la falta de simetría en sus calles. El primero que promovió la ereccion de la parroquia de Concepcion fué el Cura y Vicario de Rio Negro, Doctor Don José Pablo de Villa y Cataño, á cuyo curato pertenecía aquel territorio. Este digno Cura, conociendo la imposibilidad de administrar aquel territorio, por lo fragoso de los caminos y por la gran distancia á que estaba de Rio Negro, pues en aquella época se gastaban dos días para ir de Rio Negro á Concepcion, y seis para ir á los minerales de Nus, que estaban en el mismo territorio, se presentó en tres de Octubre de 1769 ante el capitán á guerra, Comisario de la caballería, Justicia mayor de Rio Negro, Don Ignacio Mejía Gutiérrez, pidiendo que se tomase informacion de testigos abonados para probar la necesidad, conveniencia y utilidad de erigir un nuevo curato en los minerales de Concepcion, por las grandes dificultades que presentaba la administracion eclesiástica. Con esta informacion el Doctor Villa ocurrió en 7 de Diciembre de 1769 ante el Ilustrísimo señor Obispo de Popayan, Doctor Don Jerónimo Antonio de Obregón, pidiendo la ereccion de aquel curato, designando

el territorio necesario para estó, y manifestando *bajo de juramento*, que lo hacía para descargar su conciencia, por no poder administrarlo debidamente. Al mismo tiempo el Doctor Fabian Sebastian Jiménez Fajardo, Cura de Marinilla, escribió también al Señor Obispo apoyando la conveniencia de la erección pedida por el Doctor Villa, y cediendo por su parte, para que se agregara al nuevo curato, todo el territorio situado desde el río de "San Pedro" para abajo, conteniendo en él los minerales de la "Vieja". El Ilustrísimo señor Obispo de Popayan, previo el informe favorable del Promotor fiscal de aquella Curia, comisionó en 21 de Diciembre de 1769 al Vicario superintendente de esta provincia, Doctor Don Juan Salvador de Villa y Castañeda, Cura de Medellín, para que hiciera ratificar a los testigos de la primitiva información, para que hiciera que el Doctor Jimenez ratificara igualmente su cesión, para que tomara nuevas declaraciones, y últimamente, para que, previo el asentimiento del Gobernador de Antioquia, como Vicepatrono Real, aprobara la erección de aquel curato, teniendo presente que por la real cédula del Rey de España, expedida en 18 de Octubre de 1760 se había dispuesto que todos los anexos que distaran más de 4 leguas de las iglesias matrices fuesen erigidas en parroquias. En el mismo decreto se autorizó al Vicario superintendente para que una vez erigida la parroquia, fijara edictos para proveer la oposición y le diera institución canónica al Cura que fuera nombrado, previa la presentación del Gobernador como Vicepatrono real.

El Vicario superintendente, que tenía inconvenientes graves, por ser tiempo de cuaresma, para pasar personalmente a Río Negro a practicar las diligencias ordenadas por el señor Obispo de Popayan, comisionó en 8 de Marzo de 1770 al Notario eclesiástico de Río Negro, José Sanchez y Hernandez, para que citara los testigos para que comparecieran en Medellín a dar sus declaraciones. Estos testigos no pudieron concurrir, y el Doctor Villa resolvió pasar personalmente a Río Negro con el fin indicado, lo que verificó el 6 de setiembre del mismo año. Para que ayudara con su dictamen nombró promotor fiscal para este negocio, al Doctor Don Francisco Javier de Echeverri.

De las declaraciones tomadas resultó probada la necesidad de la erección. En el territorio que se iba a erigir la parroquia, había en aquella época diez establecimientos de minas, que se trabajaban con cuadrillas de esclavos, que eran las de los individuos siguientes: 1.^a La de Don Diego de Córdoba; 2.^a La de Doña Gertrudis Montoya; 3.^a La del Doctor Don José Joaquín Gonzalez; 4.^a La del Doctor Don Cosme Nicolas Gonzalez; 5.^a La de Don Pedro Valencia; 6.^a La de Don Vicente Jaramillo; 7.^a La de Don Ignacio Ramirez; 8.^a La del Doctor Don Rafael de Montoya; 9.^a La de Ibarra (no dice el nombre); y 10.^a La de Don Isidoro Pineda.

Practicadas las diligencias, el Promotor fiscal evacuó su informe favorable a la erección, en 18 de Septiembre de 1770, y en tal virtud el Doctor Don Juan Salvador de Villa y Castañeda dictó un decreto en Medellín en 24 de Septiembre del mismo año, en que aprobaba las diligencias practicadas, y la desmembración de las parroquias de Río Negro y Marinilla de los territorios enunciados anteriormente. Dispuso

igualmente que se pidiera el asentimiento del señor Gobernador; éste, que lo era el señor Don Juan Jerónimo de Enciso, dictó una providencia en la ciudad de Antioquia, en 19 de Octubre, dando su asentimiento para la ereccion proyectada, y aprobándola en nombre del Rey de España. En tal virtud el Doctor Villa dictó *el decreto de ereccion de la parroquia de Concepcion, el dia 6 DE NOVIEMBRE DE 1770*. Los límites que le señaló á la nueva parroquia fueron: "por el lado de Rio Negro, desde el alto de "Seisercuces", mirando al alto de la quebrada de "Despensas", y ésta abajo hasta caer al Rio Negro."

El dia 4 de Diciembre de 1771, entró á funcionar el primer Cura de Concepcion, señor Pbro Leoncio de Estrada. A éste le sucedieron en aquel destino, como Curas propios ó interinos los siguientes: Pbro. Don Gregorio Ignacio Hernandez, 8 de Abril de 1775; Pbro. Don Francisco José Gonzalez, 29 de Marzo de 1777 (éste fué quien bautizó al General Córdora).

La parroquia de Concepcion, segun el censo levantado en el año de 1870, tenia 2,715 habitantes; hoy puede llegar este número á 3,000.

GENARÓ ARROYAVE, Secretario de la Visita.

(*"Repertorio Eclesiástico" de la Diócesis de Medellin, número 63*).

ACUERDO VIII.

Voto de aprobacion y de reconocimiento.

LA MUNICIPALIDAD DE CONCEPCION

CONSIDERANDO:

1.º Que la Biografía del Prócer Americano, José M.ª Córdoba, redactada á excitacion de esta Municipalidad por el señor Doctor Juan C. Llano, ha interpretado fielmente el pensamiento de la misma Corporacion, sin dejarle nada qué desear por ningun aspecto; y

2.º Que el señor Doctor Llano con desinterés y una abnegacion que la Municipalidad jamas podrá olvidar, ha consagrado todas sus facultades á satisfacer con el mayor esmero posible, tan gravosa quanto delicada exigencia;

DÉCRETA:

Art. 1.º Apruébase sin la menor observacion la Biografía del Prócer Americano José M.ª Córdoba que ha trabajado el señor Doctor Juan C. Llano, por comision de esta Municipalidad.

Art. 2.º En testimonio de reconocimiento al señor Doctor Llano, por el distinguido servicio que ha prestado generosamente á este distrito con la redaccion de dicha Biografia, la Municipalidad le dedicará por el conducto respectivo, un ejemplar lujosamente encuadernado y registrará con satisfaccion en sus anales, el nombre de ese honorable é ilustrado compatriota.

Art. 3.º Remítase al Director de la Imprenta del Estado un ejemplar del presente acuerdo, para que se digne insertarlo al pié de la Biografia, en la edicion que actualmente se hace en folleto por el Gobierno del Estado, á solicitud de esta Corporacion.

Concepcion, Mayo 25 de 1876.

El Presidente, ALEJANDRO AGUILAR.—El Secretario, *Manuel A. Narango.*



LA MUNICIPALIDAD DE CONCEPCION

CONCEPCION, MAYO 25 DE 1876

En la biografia del Doctor Llano, por el distinguido servicio que ha prestado generosamente á este distrito con la redaccion de dicha Biografia, la Municipalidad le dedicará por el conducto respectivo, un ejemplar lujosamente encuadernado y registrará con satisfaccion en sus anales, el nombre de ese honorable é ilustrado compatriota.

SECRETARÍO